

ron lo restante de la temporada, arreglando negocios de importancia suma, y muy probablemente dispuestos á evitar el espectáculo de los males que habia causado su edicto contra los hebreos, pues contenia Castilla un crecido número de esta clase de súbditos. En octubre pasaron á visitar á los catalanes, y la corte permaneció en Barcelona todo el invierno. Mientras se hallaron en aquel punto de sus dominios no dejaron de ocuparles muy tristes sucesos. El día 7 de diciembre se atentó contra la vida de D. Fernando, á quien el asesino hirió en el cuello, grave aunque no mortalmente. Durante las criticas semanas en que se creía corriese peligro la vida del rey, no se movió Isabel de su cabecera, con todo el incansable afecto de una esposa fidelísima más consagrada á su cariñosa solicitud que á ningun objeto de mundano engrandecimiento. Signiéronse las investigaciones más prolijas á fin de averiguar los motivos que guiaran la mano homicida, suponiéndose siempre que en semejantes casos nacen de las conspiraciones; aunque la historia nos demostraria probablemente que la mayor parte de esas malvadas tentativas contra la existencia de los soberanos eran más bien efecto de un fanatismo individual que de planes combinados con objeto de destruir.

Isabel, cuyo blando corazon se conolia de las miserias que su religiosa sumision le obligara á imponer á los judíos, se eximió de la pena de llorar á un esposo asesinado. Fernando recuperó gradualmente la salud. Con estas ocurrencias, y con los cuidados generales del gobierno, la reina olvidó ya el viaje á Catay, mientras el político Fernando, allá en sus mientes, consideraba desde tiempo hacia el oro expendido en la expedicion como otro tanto caudal vanamente derrochado.

Desarrollóse como siempre la balsámica primavera de las regiones del Sur, y ya la fértil Cataluña se habia engalanado con sus verdes alfombras á fines de marzo. Hacia ya algunas semanas que el rey se dedicaba á sus ocupaciones habituales, é Isabel, exenta de sus temores como esposa, habia vuelto á dejarse ir por el tranquilo cauce de sus deberes, entregándose de nuevo á sus actos de benevolencia. Cansada del penoso esplendor de su posicion por acontecimientos recientes, y anhelando por los afectos domésticos, aquella estimable matrona, no obstante la fuerte y natural inclinacion que siempre sintiera por esta clase de vida, habia vivido más entre sus hijos ó personas de su confianza en aquellos últimos tiempos de lo que acostumbrara. Su primera amiga, la marquesa de Moya, como puede suponerse, estaba siempre junto á ella, y Mercedes pasaba la mayor parte del tiempo en la presencia inmediata de su regia señora, ó bien en la de sus hijos.

Hubo una noche de besamanos al concluirse el mes, é Isabel, muy complacida con esquivar semejantes escenas, retiróse á su cámara á fin de disfrutar de la conversacion del círculo en el cual tan á sus anchas se encontraba. Era cerca de media noche; el rey estaba trabajando, como tenia de costumbre, en un gabinete inmediato. Hallábanse presentes, además de los miembros de la real familia, y doña Beatriz con su hermosa sobrina, el arzobispo de Granada, Luis de San Angel, y Alonso de Quintanilla; estos dos últimos habian recibido cita del prelado para discutir algunas cuestiones referentes á las ren-

tas eclesiásticas ante su ilustre ama. Sin embargo, habíanse concluido ya los negocios, y la reina Isabel se hallaba dando amenidad á su tertulia con la condescendencia de la princesa y las suaves gracias de la mujer.

—¿Hay nuevas de los infelices é ilusos judíos, señor arzobispo? preguntó Isabel, cuyos generosos sentimientos la llevaban siempre á lastimarse de la severidad que su piadosa confianza en sus confesores la indujeran á sancionar. Nuestras preces deberán por cierto acompañarles, aunque nuestra política y nuestro deber hayan exigido su expulsión.

—Señora, contestó Fernando de Talavera, se hallan sin duda á estas horas sirviendo á Mamon entre los moros y los turcos, cual en España le sirvieron. No se inquiete el augusto ánimo de vuestra alteza á favor de aqueos descendientes de los enemigos y crucificadores de Cristo, los que, toda vez que sufran, no hacen más que sufrir justamente, por el pecado imperdonable de sus progenitores. Más bien, ilustre ama mía, preguntemos á los señores Quintanilla y San Angel si saben que se ha hecho de su favorito Colon, de aquel piloto genovés; y para cuando esperan verle regresar arrastrando por la barba al gran khan cautivo.

—Nada sabemos de él, santo prelado, dijo con presteza San Angel, desde su partida de las Canarias.

—¿De las Canarias? preguntó algo sorprendida la reina; ¿hay noticias de aquellas islas?

—El rumor es quien lo dice, señora. Cartas no han llegado á España, en cuanto averiguar he podido; pero corre cierto runrun, procedente de Portugal, sobre si el almirante tocó en Gomera y en la Gran Canaria, donde parece tuvo que arrostrar ciertas dificultades, y desde cuyos puntos salió poco despues haciendo carrera á Poniente; desde esa época nada se ha sabido de las carabelas.

—Por cuyo hecho, señor arzobispo, añadió Quintanilla, se trasluce que estorbos de poca monta no es probable consigan detener á los aventureros.

—Os aseguro, señores, que un vagamundo genovés, nombrado almirante por sus altezas, no se apresurará deshacerse de semejante dignidad, repuso el prelado riéndose, no con mucho respeto á las concesiones que en pró de Colon habia hecho su regia ama. No es fácil que el rango, la autoridad y el emolumento se desdeñen, cuando pueden conservarse por el medio poco peligroso de mantenerse á distancia del poder de que emanaron.

—Sois injusto con el genovés, santo varon, y juzgais de él con harta aspereza, observó la soberana. En verdad que yo nada sabía de las nuevas recibidas de las islas Canarias, y alégrome de saber que Colon haya llegado allá sin ningun contratiempo. ¿No dicen los marineros que el invierno pasado ha sido de los más borrascosos, señor de San Angel?

—Y en tal grado, señora, que he oido jurar aquí en Barcelona á la gente de mar, que en la memoria de los nacidos no se ha presentado otro igual. Dado caso que la mala fortuna visitase á Colon, espero que tal circunstancia pueda alegarse en su disculpa; aunque mucho dudo que se encuentre inmediato á ninguna de nuestras borrascas ni tormentas.

—¿Quién, él? exclamó triunfante el arzobispo. Ya constará el que se haya abrigado en algún río del Africa, y todavía tendremos que arreglar alguna etiqueta con D. Joao de Portugal.

—Aquí viene el rey para darnos su dictámen, interpuso Isabel. Hace tiempo que no le oigo mentar el nombre de Colon. Fernando mio, ¿te has olvidado enteramente de nuestro almirante genovés?

—Antes de que se me pregunte acerca de asuntos tan remotos, contestó el monarca sonriéndose, deja que investigue unas materias que más de cerca nos atañen. ¿Desde cuándo da vuestra alteza audiencia á sus súbditos tan á deshora de la noche?

—¿Y á esta reunion la llamais audiencia, D. Fernando? Solo están aquí nuestros hijos queridos, Beatriz y su sobrina, el santo arzobispo, estos dos fidelísimos servidores de vuestro propio séquito.

—Verdad es; pero no cuentas con las antecámaras, ni con los que de puertas afuera están aguardando tu beneplácito.

—¿Y quién puede solicitar entrada á estas horas? te chanceas, esposo mio.

—Entónces tu propio paje, Diego de Ballesteros, ha dado un aviso falso. Repugnándole turbar tu tertulia á unas horas tan avanzadas, llegóse á verme, diciendo que un hombre de modales extraños y extraordinaria guisa acaba de entrar en palacio, insistiendo en tener una entrevista con la reina, aunque sea tarde ó temprano. Son tan singulares las relaciones del porte de ese desconocido, que he dado orden para que se le admita, y yo mismo he venido con el objeto de presenciar la visita. El paje añade que el pretendiente jura que son iguales todas las horas, y que el día y la noche se han hecho igualmente para los usos humanos.

—Fernando querido, ¿habrá traicion en esto?

—No temas, Isabel mia; no tienen tanto ánimo los asesinos, y los leales estoques de estos caballeros sobrarán para nuestra proteccion. ¡Calle! ya suenan pasos, y preciso es aparentar serenidad aun cuando recelemos alguna alevostia.

Abrióse la puerta, y se presentó ante la presencia real el fuclito Sancho Mundo. El talante y aparicion de un ente tan singular excitó á un tiempo sorpresa y risa; los ojos de todos se clavaron en él maravillados cuanto más que engalanaban su persona diversos adornos que traía de las Indias imaginarias, entre los cuales lucian dos brazaletes de oro. Mercedes fué la única persona que descubrió su profesion por su aire y vestido, levantóse involuntariamente la doncella, juntando las manos con energía y soltando una ligera exclamacion. Notólo la reina, y al punto enderezó sus pensamientos á la verdad.

—Yo soy la reina Isabel, dijo levantándose sin sospecha de peligro, y tú un mensajero del genovés Colon.

Sancho habia hallado muy difícil que se le admitiera, pero una vez conseguido el objeto, recobró su calma habitual. Su primera accion fué doblar las rodillas, cual Colon le encargara especialmente. Nuestro timonel habia adquirido el vicio de servirse del yerbajo de Haiti y de Cuba, y en efecto fué el primer marino que mascara tabaco. Esta costumbre habiase ya arraigado en él, y ántes de contestar, ó ántes de haber tomado aquella postura para él

tan novísima, juzgó conveniente llenarse la boca con un chicote del vegetal atractivo. Luego, dando una sacudida á su equipaje, pues llevaba encima cuanta ropa decente le reconocia por dueño, se dispuso á dar una respuesta adecuada.

—Señora—doña—vuesa alteza contestó el hombre de mar,—cualquiera lo hubiese acertado á primera vista. Yo soy Sancho Mundo, el de la compuerta del dique; uno de los más fieles vasallos y marineros de la excelencia de vuesa alteza, porque soy natural y vecino de Moguer.

—¿Vienes mandado por Colon, te pregunto?

—Del mismo, sí, señora; muchas gracias á vuestra real beatitud por la noticia. D. Cristóbal me ha enviado á campo travieso desde Lisboa, juzgando que los portugueses, canalla ladina, estarian ménos dispuestos á tener sospechas de un pobre gaviero como yo, que de uno de vuestros correos que gastan botas y espuelas todos los dias. El maldito camino es bastante largo, y no hay una mula entre las cuadras de Lisboa y este palacio barcelonés que merezca le eche los calzones un cristiano.

—Luego ¿traerás algunas cartas? ¡Un hombre como tú no es de suponer traiga otra cosa!

—En eso, la gracia de vuesa alteza, doña reina, está su merced muy equivocada; lo que sí es muy cierto que no traigo la mitad de las doblas que me sonaban en el bolsillo cuando me puse en marcha. Por vida mia, los mesoneros me tomaron por un grande de España, segun lo que me esquilmaron en sus cuentas.

—Dale oro á ese hombre, buen Alonso, pues es de una casta que exige la recompensa ántes de que pueda sacárseles la más leve palabra.

Contó Sancho con mucha frescura las monedas que le pusieron en la mano, y hallando que excedian con mucho á sus esperanzas más lisonjeras, halló que ya no tenia motivos para prevaricar.

—Habla, belitre, gritó el rey; ¿te andas con bromas, donde debes mostrar respeto y obediencia?

La vibrante voz de D. Fernando causó mayor efecto en los oídos de Mundo, que el dulce acento de Isabel, sin embargo de que hasta su tosco instinto se habia impresionado con la belleza y la gracia de la reina de Castilla.

—Si vuestra alteza me manifiesta lo que desea saber, hablaré con toda prontitud.

—¿Dónde está Colon? preguntó la reina.

—Ultimamente en Lisboa, señora; aunque pienso que se halle ahora en Palos de Moguer ó en sus cercanías.

—¿Y dónde ha estado?

—En Cipango y en los territorios del gran Khan; á cuarenta dias de navegacion distante de Gomera, y en tierra de maravillosa hermosura y excelencia.

—Tú ¡no puedes, no te atreverias á chancearte conmigo! ¿Podemos dar crédito á tus palabras?

—Solo con que vuestra alteza conociera una migaja á Sancho Mundo, no sen-

tiria semejantes sospechas. Os diré, señora, así como también á todos estos nobles caballeros y damas, que D. Cristóbal Colon ha descubierto el otro lado de la tierra, que ahora sabemos que es redonda, porque hemos dado vuelta á ella; y que también se ha enterado de que la estrella del Norte camina por el cielo, como una mujer charlatana esparciendo por el barrio sus chismes; y que ha tomado su excelencia posesion de unas islas mucho más grandes que toda la España, en las cuales crece el oro, y donde la santa Iglesia puede emplearse en cosechar cristianos al cabo de algun tiempo.

—La carta, Sancho, dame la carta. Dificil sería que te enviase Colon para que le sirvieses de expositor verbal.

Deshizo ahora el socarron varios envoltorios de trapo y papel, ántes de sacar la misiva del almirante; entónces, manteniéndose arrodillado, la tendió hácia la reina, dándole la molestia de que se adelantase algunos pasos para recibirla. Tan inesperadas y asombrosas eran las nuevas, y tan original la escena toda, que nadie se interpuso, dejando á Isabel por única actora; así como era la sola que hablaba. Habiendo desempeñado Sancho con tan feliz éxito la comision que se le encargara expresamente en atencion á su aspecto y carácter, circunstancias que se creia hubieran de ponerle á recaudo de toda detencion y despojo, se puso con cachaza en cucullas, pues le mandara su almirante que no se alzase hasta que no se lo dijessen, y sacando del bolsillo el oro que acababan de darle, comenzó á contarle de nuevo. Tan absorta estaba la atencion que todos fijaban en la reina, que nadie hizo caso del timonel ni de sus ademanes. Abrió Isabel la carta, que devoró con los ojos renglon por renglon. Como el gran navegante tenia de costumbre, el escrito era muy largo, y se necesitaron algunos minutos para leerlo. Entre tanto, ninguno de los espectadores se movia, pues todos tenian la vista fija en el expresivo rostro de la reina. En él brillaban el gozo y la sorpresa, el deleite y la maravilla. Luego que leyó la carta, alzando Isabel los ojos al cielo, juntó las manos con energía y exclamó entusiasmada:

—No á nosotros, Señor, sino á vos sea tributada toda la honra de este portentoso descubrimiento y todos los beneficios de esta gran prueba de vuestra bondad y poderío.

Así diciendo, dejóse caer en una silla, y deshízose en lágrimas. Profirió el rey una ligera exclamacion al oír las palabras de su consorte regia, y luego, quitándole con blandura la carta que asia ella con mano floja, leyóla con gran deliberacion y cuidado. Rara vez acontecia verse al cauto rey de Aragon tan conmovido como se mostró en aquella ocasion. El aspecto de su semblante al principio indicó el asombro, siguiéronse las señales de ansia y codicia; y al terminar la lectura, iluminó su grave rostro una expresion inequívoca de triunfo y gozo.

—¡Buen Luis de San Angel! gritó el monarca, y tú, honrado Alonso de Quintanilla, estas han de ser faustas nuevas para los dos. Y vos también, santo prelado, os regocijaréis de que la Iglesia esté en visperas de conseguir adquisiciones tan gloriosas, aunque antaño os manifestarais poco favorecedor del genovés. Mucho más de nuestras esperanzas se ha realizado, porque Colon

ha descubierto de todas veras las Indias, acrecentando nuestros dominios, y adelantando nuestra autoridad de un modo imponderable.

No era usual ver á D. Fernando tan excitado, y él mismo conocia que estaba llamando extraordinariamente la atencion, pues desde luego se acercó á la reina, y asiéndola de la mano la condujo hácia su propio gabinete. Al salirse del salon insinuó á los tres nobles varones que le siguieran para celebrar un consejo. Dió este paso el rey más bien en virtud de reserva habitual, que por causa de ningun objeto premeditado; pues su ánimo estaba poseido de una ansiedad que no le era comun, á par que la cautela formaba parte de su religion así como de su política. No es sorprendente, pues, que luego que el monarca y aquellos á quienes invitara á seguirle, dejaron el aposento, solo se quedasen en él las princesas, la marquesa de Moya, Mercedes y Sancho Mundo. Apenas hubiéronse ausentado el rey y la reina, cuando la regia prole se retiró á su aposento, dejando á nuestra heroína, á su pupila y al inclito timonel á solas en el salon. El buen marino permanecia aun de rodillas, apenas enterado de cuanto acababa de pasar, pues se hallaba intensamente absorto en su propia situacion y en sus motivos particulares de regocijo.

—Puedes alzarte, buen hombre, que no estás ya en presencia de sus altezas.

Al oir esto dejó Sancho su humilde postura, pasóse diligente por las rodillas la manga de la chaqueta, y giró la vista al rededor como acostumbraba al registrar los cielos cuando en alta mar se veia.

—Segun te has expresado, eres confidente de Colon, y que has sido fiel compañero suyo lo demuestra la circunstancia de haberte empleado el almirante como á correo.

—Bien lo podeis creer, señora excelentísima, pues pasé en el timon la mayor parte del tiempo, cuyo puesto no distaba tres brazas del que habian elegido D. Cristóbal y el señor de Muñoz, y lo querian tanto, que solo cuando se iban á dormir lo abandonaban, y ni aun entónces todas las veces.

—¿Iba con vosotros un señor de Muñoz segun dices? repuso la de Moya, haciendo una seña á su pupila para que reprimiera sus sensaciones.

—Toma si le teníamos con nosotros, señora, y á un señor Gutierrez, y á un cierto Otra Cosa tambien; pero todos tres no hacian mayor bulto que un solo hombre. Oiga su merced, alta y linda señora, ¿me podréis decir si en alguna parte de la córte de nuestra soberana pudiera yo topar con una tal doña Beatriz de Cabrera, marquesa de Moya, y una dama del ilustre solar de los Bobadillas?

—Yo soy la que buscas, y tú traes un mensaje para mí del mismo señor Muñoz de quien acabas de hablar.

—Ya no extraño que haya en el mundo señorones con sus bellas y fanfaronas damas, y pobres marineros con sus mujeres, que maldita la envidia que le dan á nadie. Apenas he descosido la boca, cuando ya se sabe lo que iba á decir; y es ese mismo conocimiento el que hace grandes á los unos y pequeños á los otros. ¡Por vida de...! El mismo D. Cristóbal tendrá necesidad de echar mano de todo su talento, si llega á Barcelona.

—Dáme noticia de ese Pero Muñoz, pues tu comision es para mí.

—Entonces, señora, daré á su merced excelentísima nuevas de su bizarro sobrino el conde de Llera, que tiene otro par de nombres á bordo, uno de los cuales se supone una ficción, al paso que el otro es el de los dos el más ficticio.

—¿Con que segun eso se sabe quién es mi sobrino en realidad? ¿Están muchas personas en el secreto?

—Algunas, hermosa dama: en primer lugar él mismo; en segundo D. Cristóbal; en tercero yo; en cuarto Martin Alonso Pinzon, caso que aun se halle embutido en su pellejo, lo que es muy probable no le acontezca á estas horas. Luego, vueseñoría lo sabe, y tambien esta hechicera señorita ha de tener algunos barruntos de la materia.

—Basta; veo que el secreto no se ha hecho público; aunque paréceme extraño que un hombre de tu calaña hubiera de tener conocimiento de él. Díme algo de mi sobrino; ¿ha escrito tambien? si es así, deja que al instante me informe de lo contenido en sus cartas.

—Señora, mi partida cogió de nuevo á D. Luis, y así no tuvo tiempo de escribir. El almirante habia encargado al conde que cuidase de los príncipes y princesas que de la Española nos trajimos, y tenia demasiada ocupacion para entretenerse en garabatear papeluchos; de lo contrario hubiera llenado pliegos enteros para remitírselos á una tia tan respetable como vuesa merced.

—¡Príncipes y princesas! ¿qué quieres decir con esos términos tan altisonantes, buen amigo?

—Solo que hemos traído unos cuantos de esos grandes personajes á España, para que hagan acatamiento á sus altezas. Nosotros, señora, no hemos tratado con la canalla comun; sino con los príncipes más encopetados, y con las princesas más hermosas de Oriente.

—¿Y aseguras que varias personas de tan excelsa clase han venido con el almirante?

—¿Y quién lo duda, señora? de ellas una es de belleza tan rara, que la dama más hermosa de Castilla tiene que andarse con cuidado si no quiere que la dejen á la sombra. Esa, en particular, es la amiga íntima y la favorita de D. Luis.

—¿De quién estás hablando? preguntó doña Beatriz con el tono de dignidad que usaba cuando exigía una respuesta categórica. ¿Cómo se llama esa princesa, y cuál es su patria?

—Su nombre, señora excelencia, es doña Ozema de Haiti, y su patria es un país del que su hermano D. Mattinao es cacique ó rey; y esa doña Ozema es su heredera y parienta más cercana. D. Luis y un criado de vuestras mercedes hicimos una visita á su córte.

—Tu cuento es muy improbable, belitre; ¿eres tú un sugeto á propósito para que D. Luis te eligiese por acompañante en semejante ocasion?

—Miradlo á la luz que mejor os plazca, señora; pero es tan cierto lo que digo, como esta es la córte de D. Fernando y de doña Isabel. Habeis de saber, marquesa ilustre, que el jóven conde es algo dado á vagamundear, entre nosotros los marinos; y en cierta ocasion un tal Sancho Mundo de Moguer,

aconteció embarcarse con él en la misma carabela; y de aquí provino nuestro conocimiento mútuo. Guardé el secreto del noble mozo, y en su virtud hizose amigo del pobre Sancho. Cuando fué D. Luis á visitar á D. Mattinao, el cacique, cuya palabra significa *vuestra alteza*, en la lengua oriental, empeñose Sancho en ir con él, y Sancho se salió con la suya. Luego que el rey Caonabo bajó de las montañas para llevarse á doña Ozema la princesa, con el objeto de casarse con ella; pues, señora, entónces, como la tal *cacica* no tenía muchas ganas de que la robasen, no hubo más remedio sino que el conde de Llera y su amigo Sancho Mundo, el de la compuerta del dique, peleasen en defensa de la niña contra todo el ejército; y así lo hicimos, ganando una batalla tan grande como D. Fernando, nuestro soberano señor, consiguió de la canalla moruna.

—Y segun veo os llevariais vosotros mismos á la princesa. Amigo Sancho, de la compuerta del dique, si tal es tu denominacion, este cuento tuyo es asaz ingenioso, pero carece de probabilidad. Si yo fuese á darte ahora tu merecido, honrado Sancho, dispondria que te regalasen unos buenos azotes, que es lo que mereces por galardón de tus embustes.

—El hombre se expresa conforme á su enseñanza, observó Mercedes en voz sumisa y trémula; temo, señora, que encierra harta verdad su relato.

—Nada temais, hermosa señorita, interpuso el marinero, sin que le hiciese mella la amenaza que insinuaran las palabras de la marquesa; pues la batalla se dió, ganóse la victoria, y ambos héroes salimos sin siquiera un arañazo. Esta ilustre señora, á quien puedo perdonárselo todo, en atencion á que es la tia del mejor amigo que tengo sobre la tierra, quiero decir cualquiera cosa que su merced *hablare*, deberá tener presente que los haitianos no tienen conocimiento de los arcabuces, con cuyas armas derrotámos á Caonabo, y tambien que muchas han sido las columnas de moros que destrozara D. Luis con su propio brazo, y con el empuje de su buen lanzon.

—Ya, belitre, contestó doña Beatriz; pero entónces se hallaba en la silla resguardado por una coraza de acero, y blandia un arma que hizo medir el suelo á Alonso de Ojeda.

—¿Y en verdad habeis traído con vosotros á la princesa que mencionaste? preguntó con ansiedad Mercedes.

—Lo juro, ilustres señora y señorita, os lo juro á entrambas por la santa misa, y por todos los santos del almanaque. Una princesa, además, que excede en hermosura á las hijas de nuestra reina, si las bellas niñas que acaban de salir de este cuarto son ellas, como supongo.

—¡Calla la boca, malhablado truhan! gritó indignada doña Beatriz. No quiero oír más, y mucho me maravillo de que mi sobrino haya empleado á un ente tan soez y tan suelto de lengua para ninguna comision suya. Vete, y aprende á ser discreto ántes que venga la mañana; porque de lo contrario ni aun el favor del almirante ha de poner á salvo tus huesos. Mercedes, vamos á descansar, que ya es muy tarde.

Quedóse á solas Sancho, y un minuto despues se presentó un paje para acompañarle al aposento donde habia de pasar la noche. Ya habia refunfunia-

do para sí un buen rato el viejo timonel, acerca del genio de la tía de D. Luis, contando otra vez sus monedas de oro, é iba ya á tomar posesion de su lecho, cuando se le presentó el mismo paje para que acudiese á otra entrevista. Sancho, que conocia poca diferencia entre el dia y la noche, no puso reparo, especialmente cuando se le dijo que le aguardaba la amable señorita, cuya blanda voz le habia interesado tanto en el reciente coloquio. Recibió Mercedes á su tosco huésped en una salita de su departamento, despues de haber dejado en el suyo á su tutora. Al entrar Sancho, ruborizóse la doncella, resplandeciéronle los ojos, y todo su porte, para cualquiera que más experto fuese en descubrir las emociones femeniles, le hubieran dado á conocer las intensas ansiedades que la agitaban.

—Has tenido, Sancho, una marcha muy larga y penosa, dijo nuestra heroína, luego que se quedó á solas con el timonel; y te suplico aceptes este oro como una exigua prueba del interés con que he oido las grandes nuevas de que has sido portador.

—¡Señorita! exclamó Sancho afectando indiferencia respecto á las doblas que le ponian en la mano; no creais que soy un hombre aficionado al interés. La honra de ser el mensajero, y de que se me admita á coloquio con damas tan ilustres, sobrado me recompensa de cuanto hacer pudiera.

—Sin embargo, puede hacerte falta dinero para tus necesidades, y no está bien rehuses el que una señora te ofrece.

—Bajo esé pié lo aceptaria, señorita, aunque fuese otro tanto.

Así diciendo, colocó Sancho las monedas con adecuada resignacion al lado de las que ya habia recibido por orden de la reina. Mercedes se halló ahora en aquella situacion que están condenados á ocupar los que se atarean en demasía por conseguir un objeto; en otras palabras, ahora que tenia á su disposicion los medios de satisfacer sus propias dudas, comenzó á hacerse remisa en servirse de ellos.

—Sancho, dijo por fin Mercedes, tú has estado con el señor Colon durante ese grandioso y extraordinario viaje, y te hallarás enterado de muchas cosas, que los que entre tanto hemos vivido quietamente en España, deseariamos saber. ¿Es cierto cuánto has dicho de los príncipes y princesas?

—Tan cierto, señorita, quanto bastaria para formar de ello una verídica historia; por vida de...! Cualquiera que se haya visto en una batalla ó presenciado otra aventura de igual jaez, pronto aprenderá á hacerse cargo de la diferencia que hay entre la cosa misma y la historia que de ella puede darse. Yo me hallé en...

—No menciones tus demás hazañas, buen Sancho; refiérreme únicamente esto. ¿Existe de veras el príncipe llamado Mattinao, y su hermana la princesa Ozema; y han venido ambos á España con el almirante Colon?

—Tal no he dicho, hermosa damisela, pues D. Mattinao se quedó en su tierra para gobernar á su gente. Es solo su guapa hermana quien ha seguido hasta Palos á D. Cristóbal y á D. Luis.

—¡Seguido! ¿Qué, el conde y el almirante poseen tanta influencia con las reias damas, que las induzcan á abandonar su país nativo, y á seguirlos á regiones extranjeras?

— ¡Oh! señorita, eso pudiera parecer una cosa fuera de regla en Castilla, en Portugal y hasta en Francia. Pero Haiti no es todavía un reino cristiano, y una de aquellas princesas equivaldrá á una noble dama de Castilla, y respecto á sus guardaropas quizás no podrá tenérselas en tanto. Siempre, sin embargo, una princesa es una princesa, y una princesa hermosa siempre es una hermosa princesa. La tal doña Ozema es una criatura maravillosa, y ya comienza á charlar vuestro puro castellano, cual si la hubieran criado en Toledo ó en Búrgos. D. Luis es un maestro como hay pocos, y sin duda ha conseguido hacer con ella mucho camino de proa durante el tiempo que vivió en su palacio, como si dijéramos á solas con la muchacha, ántes que se le antojara á ese diablo encarnado de D. Caonabo bajar de las montañas con su ejército para apoderarse de la princesa.

—¿Y es cristiana esa dama, Sancho Mundo?

—Bendiga el cielo vuestra pura alma, doña señorita, de poco puede ella jactarse por ese lado; sin embargo, algunos principios tiene ya de ello, porque he notado que ahora lleva al cuello una cruz muy pequeñita, pero muy preciosa en cuanto al material, como pudiera ser de otra suerte, si reflexionamos que es regalo que le ha hecho un sugeto tan noble y rico como el señor conde de Llera.

—¿Una cruz dices, Sancho? interrumpió Mercedes, casi dando boqueadas por falta de aliento, y sin embargo reprimiendo sus sensaciones para impedir que el viejo marinero las notase; ¿y ha conseguido Luis que ella aceptara la dádiva de esa cruz?

—¿Pues no habia de conseguirlo, señora? y una cruz de piedras preciosas que ántes llevaba pendiente del cuello.

—¿Conoces tú las piedras? ¿era de turquesas engastadas en oro finísimo?

—Respecto al oro, bien inteligente soy, aunque mi ciencia nunca ha subido tan alto que me diese conocimiento en esto de piedras preciosas. El cielo de Haiti, sin embargo, no puede ser más azul ni más limpio que el tinte de aquellas chinillas que adornan la susodicha cruz. Doña Ozema llama á su alhaja *Mercedes*, por lo cual comprendo que espera por las misericordias del Señor crucificado que la divina luz ilumine su oscurecida alma.

—¿Y esa cruz ha llegado á ser objeto tan comun, que sea el tema de las conversaciones de hombres de tu ínfima clase?

—Escuche su merced, señorita; un hombre como yo es más apreciado á bordo de una carabela cuando rugen las mares, que en Barcelona, puestos los piés en tierra firme. Fuimos á Cipango con el objeto de plantar cruces y convertir gente al cristianismo; así en lo que vuesa merced dice no nos hemos apartado de nuestra obligacion. Respecto á la señora Ozema, su alteza hace más caso de mí que de ningún otro, porque me hallé en la batalla en que se libertó de las garras de Caonabo, y por eso me enseñó la cruz el día mismo que anclámos en el Tajo, y poco ántes que el señor Colon me ordenase traer la carta á sus altezas. Entónces fué cuando besó la cruz y aplicándola al pecho dijo que era *Mercedes*.

—Eso es muy extraño, Sancho. ¿Tiene esa princesa el séquito que exigen su clase y dignidad?

—Vuesa merced se olvida, señorita, que la *Niña* es una barca muy pequeña, como lo da á entender su nombre, y poco alojamiento pudiera proporcionar á una larga sarta de cortesanos y palaciegos. D. Cristóbal y D. Luis son asaz caballerosos para servir á cualquiera princesa; y además, que guarde paciencia la tal doña Ozema hasta que nuestra augusta reina tenga á bien señalarla una comitiva correspondiente á su excelsa alcurnia. Sin contar, señorita, que esas damas de Haití son mucho más sencillas que nuestras nobles bellidades, pues la mitad de ellas considera los vestidos que no reportan demasiada utilidad en aquel blando clima.

El enojo y la incredulidad asomaron en el semblante de Mercedes, pero su interés y curioso afán eran muy vivos para permitirle despidiera á aquel hombre sin hacerle ulteriores preguntas.

—¿Y D. Luis de Bobadilla se mantuvo siempre al lado del almirante, preguntó ella, y viósele dispuesto en todas ocasiones á sostenerle, y adelantado en cualquier peligro?

—Señorita, haceis una pintura del señor conde con tanta fidelidad, cual si allí os hubieseis hallado presente desde el principio hasta el fin. Si le hubierais visto andar á trancazos con los secuaces del señor D. Caonabo, y de qué modo los tenía todos á raya, con doña Ozema al lado, detrás de los peñascos, hubieran corrido lágrimas de admiración de vuestros hechiceros ojos.

—¡Doña Ozema á su lado! ¡detrás de los peñascos, y los enemigos tenidos á raya!

—Sí, señora, vueseñoría lo repite todo como si lo estuviese leyendo en un libro..... Sucedió como decis, aunque la señora Ozema no se contentó con estarse quietecica detrás de los peñascos, pues cuando las flechas volaban más espesas arrojóse delante del conde, obligando á sus contrarios á contenerse; lo que hicieron para no asatear la presa misma por la cual batallaban, y de esa suerte salvó á su caballero la vida.

—¿Le salvó la vida? ¿La vida á Luis? ¿á D. Luis de Bobadilla? ¿y quién? ¿una princesa indiana?

—Pintiparado cuanto decis á como todo aconteció, y brava moza que es doña Ozema, esa muchacha del Oriente, aunque me perdonareis porque hablo con tanta liviandad de una dama de su alta cuna. Mil veces y mil, desde aquel día, referídome ha el señor conde que las flechas llovian tan espesas sobre él, que su honra estuvo á pique de mancillarse con una retirada, ó hubiera tenido que perder la vida sin la intervencion que tan á tiempo le prestara doña Ozema. Esa es una criatura de las que raras veces se ven en el mundo, señorita, y vuesa merced la amará como á una hermana, luego que llegueis á verla y tratarla.

—Sancho, dijo nuestra heroína ruborizándose como el alba; dijiste que el conde de Llera te habia mandado hablases de él á su tía: ¿no te hizo mención de ninguna otra persona?

—De ninguna, señorita.

—¿Estás cierto de eso, buen Sancho? Recuérdalo bien, ¿no mencionó otro nombre?

—No, si juramento me toman. Verdad es que ó su señoría ó el viejo Diego el timonel, me habló de una tal Clara, que es ama de un hódegon aquí en Barcelona, y recomendómeme su casa como paraje donde se encuentra excelente vino; pero creo será más probable que haya sido Diego que el señor conde, por cuánto el uno hace mucho caso de esta clase de asuntos, y sería más que probable que el otro nada tuviese que ver con la tal Clara.

—Puedes retirarte, Sancho, dijo Mercedes con desmayada voz; por la mañana tendremos algo más que decirte.

No le supo mal á Sancho que le despidieran, y se volvió de buena gana á su cama sin que le pasase remotamente por la imaginacion el daño que habia hecho, con la mezcolanza de verdad y exageracion de su relato.

CAPÍTULO XXVII.

Tambien Homero con su Mac delante,
Segun los papelorios de Buffon,
Inventar pudo un cuento extravagante,
Deduciendo por toda conclusion
En lengua galo-céltica y brillante,
Que los orangutanes, con razon,
Algun día en la Escocia se engendraron
Y de las Tierras Altas se fugaron (1).

LORD. J. TOWNSHEND.

La noticia del regreso de Colon y de sus descubrimientos se esparció por la Europa con la celeridad del relámpago, no tardando en considerarse este suceso, segun el dictámen comun, como el grande acontecimiento del siglo. Por muchos años despues, ó hasta la época en que Balboa descubrió el Paci-

(1) Para hacer inteligibles estos versos á los lectores, precisa darles una explicacion. El autor de ellos alude á cierto célebre publicista escocés, que tenia, por supuesto, la palabra *Mac*, delante de su apellido, y el cual guiado por un amor patrio, sacado de quicio, atribuia á origen escocés todos los pueblos que se señalaban por sus heroicidades. Otra conjetura me atrevo á aventurar, y la cual espero no parezca tan descaminada, pues me ilumina para ella la palabra *Mac-Homero* de que se sirve en estos versos el cáustico Townshend. Mac-Pherson fué el que dió á luz en Escocia los célebres poemas de Osian, que se comparan con los de Homero; y á pesar de que muchos eruditos suponen todavía que Mac-Pherson los

lico, se creyó haberse alcanzado las Indias en virtud de un viaje occidental, y por consiguiente la forma esférica de la tierra supúsose averiguada. Los lanceos de la navegacion, las maravillas vistas, la fertilidad del suelo de Oriente, la suavidad del clima, las riquezas que contenia en oro, especias y perlas, amen de las curiosidades que el almirante habia traído como pruebas de su buena ventura, formaban el tema comun de conversacion á cada hora. Hacia muchos siglos que se afanaban los españoles por arrojar de la Península á los sarracenos; pero como eso fuese el resultado del tiempo y de una lucha prolongadísima y tenaz, hasta su completo éxito parecia insignificante y tenue comparado con la brillantez repentina que servia de aureola á los descubrimientos occidentales. En una palabra, regocijábanse los piadosos con la esperanza de ensanchar el imperio del Evangelio; henchian los avaros su imaginacion con ilusiones de inagotables tesoros; hacian cálculos los diplomáticos acerca del acrecentamiento del poderío español; los sabios se envanecian con el triunfo del talento sobre la preocupacion y la ignorancia, triunfo que debia llevarle á conocimientos aun mayores; y los enemigos de Fernando é Isabel se quedaban atónitos, comenzando á respetar las glorias de España aun cuando las contemplasen con envidia.

Los pocos dias que trascurrieron despues de llegar el mensajero de Colon, formaron una época de deleite y curiosidad. Enviáronse respuestas al almirante para que apresurara su pronta presentacion, decretáronsele altísimos honores, y así su nombre llenaba todas las bocas, como su gloria todos los corazones leales en los dominios de Aragon y Castilla. Expidiéronse órdenes para activar los preparativos de una nueva expedicion, y solo se hablaba del descubrimiento reciente y de sus consecuencias probables. Así se pasó un mes, espirado el cual llegó á Barcelona el almirante, acompañado de la mayor parte de los indios que trajera de las islas descubiertas. Dispensáronsele los obsequios más nobles, y los soberanos le recibieron sentados en el trono, en un salon público, levantándose al verle, y obligándole á que tomase asiento, cuya distincion es de la naturaleza más excelsa, y por lo comun solo se concede á los príncipes de sangre real. Allí les refirió Colon la historia de su viaje, manifestóles las cosas curiosas que habia traído, y explayóse sobre sus esperanzas de beneficios futuros. Luego que terminó la narracion, cuantos estaban presentes doblaron la rodilla, y cantaron el Te-Deum los capellanes

recopiló de ciertos cantares nacionales que se transmitieran hasta su tiempo de generacion en generacion por tradicion oral, hay motivos para suponer que él fuese el verdadero autor de los poemas, y que el hijo de Fingal sea un mero ente de razon. Acontezca esto ó no respecto al ciego bardo de las Tierras Altas de Escocia (*Highlands*) Townshend pertenece á aquellos escépticos quienes juzgan

Que sin que valga la ilusion;

De Homero el tema

Fué una pamema

Y Homero mismo una ficcion.

Con lo que antecede conocerán los lectores el sentido de unos versos, que de lo contrario poquísima inteligencia pudieran prestarles; porque Townshend limita su crítica á asuntos de circunstancias tan puramente locales, que solo se hace comprensible á los extranjeros en virtud de comentarios ó conjeturas.

de cámara, mientras la adusta naturaleza de Fernando se disolvía en tiernas lágrimas por una dádiva tan inesperada y magnífica como le otorgaba el cielo.

Por mucho tiempo fué Colon objeto de la curiosidad universal, ni tampoco dejaron de llover sobre él honras y consideraciones, hasta que volvió á salir de España, llevando bajo su mando la segunda expedición á Oriente, como entónces se denominaba el viaje.

Pocos días ántes de la llegada del almirante á la córte, presentóse repentinamente en Barcelona D. Luis de Bobadilla. En las ocasiones ordinarias los movimientos de un jóven grande, á quien tanto distinguían su clase y sus peculiaridades, hubieran dado á los cortesanos asunto de conversacion, no tan fácil de agotar; pero ahora el tema del viaje, absorbiéndolo todo, proporcionó á nuestro héroe una pantalla. Sin embargo, su presencia no podía ménos de llamar la atención, y comenzó á susurrarse, con las sonrisas y gestos de costumbre, que había venido al puerto en una carabela procedente de Levante; llegando á hacerse uno de los chistes corrientes de la hora, decirse unos á otros al oído, que también el jóven conde de Llera había hecho su viaje *oriental*. Todo esto daba poquísimo cuidado á nuestro héroe, quien no tardó en seguir las ocupaciones habituales de su vida, luego que se halló reinstalado en su puesto cerca de los reyes. El día que se recibió á Colon con toda solemnidad, hallóse presente en el salón D. Luis, ataviado con sus vestidos más lujosos, y no había noble alguno en España que más honrase su alta alcurnia, con su talante y porte. Se advirtió que durante la pomposa ceremonia miró Isabel más de una vez con particular sonrisa; al paso que al notar lo moviéronse muchas graves cabezas, pues veían al mismo tiempo la seriedad que afectaba en su semblante la favorita de la reina, en una ocasión de tanto júbilo, atribuyendo su severidad á las poco decorosas inclinaciones de su vagabundo sobrino. Nadie en aquel día contemplaba á Luis con mayor deleite que Sancho, quien se hizo el remolon en Barcelona para participar de las horas de su jefe, y á quien, en virtud de sus servicios, se le permitió tomar asiento entre los cortesanos. No fué poca la admiración de los concurrentes al ver el modo con que el viejo timonel se servía de aquel nuevo yerbajo, llamado *tabaco*; mientras dos docenas de sujetos que se empeñaron en imitar su deleitosa satisfacción padecieron mortales fatigas al hacer la primera prueba. Una de las aventuras de Sancho fué de un carácter tan descomunal, é ilustra á tal punto los sentimientos de la época, que no estará mal la detallamos con todos sus pormenores.

Había terminado el recibimiento y el viejo marino se salía del salón con la concurrencia, cuando llegó á hablarle un hombre que según la apariencia contaría unos cuarenta años, sujeto de buen porte y urbanas maneras, quien fué á solicitar de él le hiciese la honra de asistir á un convite, semejante á los que ya habían dado varios individuos de la córte á Colon y á sus amigos. Sancho, para quien era muy nuevo el placer de figurar, aceptó de buentísima gana, y no tardó en hallarse sentado en un salón del palacio, donde estaban reunidos unos veinte mozos nobles con el objeto de obsequiarle; porque aquel día, en Barcelona, considerábanse felices los que pudiesen tener en su mesa

al más insignificante de los compañeros de Colon. Apenas entraron ambos en la estancia, cuando se agolparon en torno de ellos los jóvenes hidalgos de Castilla, abrumando á Sancho con mil manifestaciones de atencion, y dirigiendo á su compañero mil ansiosas preguntas, por docenas á la vez, y saludándole con el nombre de señor Pedro, señor Mártir, y á veces con el de señor Pedro Mártir. Apenas será necesario añadir que este sugeto era el historiador, que estos últimos tiempos nos han dado á conocer con el título de *Pedro Mártir*; ingenio italiano, á cuyo cuidado é ilustracion habia confiado Isabel gran parte de la nobleza de su córte. Habiase ideado la entrevista actual con el objeto de complacer la curiosa propension de aquellos nobles mancebos de la córte, eligiéndose á Sancho para el efecto, con sujecion al principio que nos estimula á echar mano de los géneros de segunda calidad cuando se nos niega servirnos de los de primera.

—Dadme el parabien, señores, exclamó Pedro Mártir luego que pudo hallar ocasion para proferir sus sentimientos; pues mi buena ventura excede en mucho mis esperanzas. Respecto al genovés y á sus principales compañeros, se hallan hoy en manos de los personajes más ilustres de España; pero aquí tenemos á un habilísimo piloto, quien sin duda ejerciera á bordo de una de las carabelas una autoridad de segundo grado, y el cual se ha dignado honrarnos tomando parte en nuestra humilde comida. Saquéle de entre una turba de solicitantes, y todavia no he tenido ocasion de preguntarle su nombre, el cual supongo se hallará dispuesto á darnos de su propio acuerdo.

Nunca le faltaba á Sancho la desfachatez y tenia demasiado talento natural el inclito timonel para conducirse de modo que no pudiera motejarse de tosco hasta el punto de ofender á nadie; aunque no por eso ha de suponer el lector que fuese un académico, ni que tuviese nociones muy profundas de filosofia natural. Afectando, pues, el astuto marino un aire de dignidad, y ya algo adiestrado por los mil interrogatorios á que habia respondido en el último mes, dispúsose á dar valimiento á sus aseveraciones, como hombre que acababa de llegar de las recién descubiertas Indias.

—Llámome Sancho Mundo, señores, para servir á vuestras mercedes, y á veces me dicen Sancho *el de la compuerta del dique*, aunque yo preferiria ahora que me llamaran Sancho el de las Indias, magüer que le plazca á su excelencia D. Cristóbal tomar para sí este último apellido, y con mucha justicia en verdad.

Varios de los concurrentes protestaron que las pretensiones de Sancho eran muy fundadas, y luego le fueron presentados un sin número de mozos de las primeras casas de Castilla; pues aun cuando los españoles no tengan la misma manía por esta especie de urbanidad que los americanos, la ocasion era de aquellas en que el sentimiento nativo lograba una ascendencia sobre la reserva convencional. Despues de estas ceremonias, y hallándose presentes los Mendozas, los Guzmanes, los Cerdas y los Toledos, quienes se consideraron dichosos en dar la mano á aquel humilde marino, pasaron todos al salon del banquete, donde estaba preparada una mesa que hacia honor á los cocineros barceloneses. Durante la comida, aunque la curiosidad de los jó-

venes nobles comprometiera hasta cierto punto en este particular la idea de su buena crianza, no hubo pregunta que pudiera conseguir de Sancho interrumpiese sus obligaciones en aquel momento, pues siempre cumplía los deberes de semejante clase con una especie de veneracion religiosa. Sin embargo, luego que le apuraron más de cerca que de costumbre, puso sobre el mantel el cubierto, expresándose con solemnidad en los términos siguientes:

—Señores, considero que la comida es un don que concede el cielo al hombre, y juzgo irreverente hablar mucho cuando las delicias de la mesa nos invitan á prestar homenaje al grandioso Ser que nos las dispensa. D. Cristóbal tiene este modo de pensar, bien me consta, y todos sus seguidores imitan á su amado y venerable caudillo. Luego que me encuentre en disposicion de hablar, señores dones hidalgos, todo os lo contaré, y entónces Dios favorezca á los ignorantes y á los necios.

Despues de esta indirecta nada hubo que responder, y satisfecho el apetito de Sancho, respaldóse en su silla el célebre gaviero, y dió á entender con el ademan que se hallaba pronto á proseguir.

—Jáctome de poquísima instruccion, señor Pedro Mártir, dijo el marino; però lo que he visto, visto lo he, y lo que se sabe, sábelo tan á fondo un hombre de mar, como saberlo puede un dóctor de Salamanca. Haced pues vuestras preguntas como Dios os dé á entender, y esperad que un hombre pobre aunque honrado las conteste del mejor modo que dable le sea.

El sabio Pedro Mártir se vió precisado á manejar el asunto conforme á las circunstancias; pues en aquel momento cualquiera noticia que proviniese, por decirlo así, de mano prima, iba á recibirse con la mayor ansia; así es que se aprestó á hacer sus preguntas del modo sencillo y directo que le habian invitado á hacerlas.

—Pues bien, señor mio, comenzó el sabio, queremos adquirir instruccion por cualquier estilo. Suplico nos digais redondamente cual de los objetos maravillosos que habeis visto en este viaje ha hecho en vuestro ánimo una impresion más profunda, y os parece el más notable.

—No sé si puede compararse ninguno con las travesuras de la estrella del Norte, dijo sin cortarse el buen Sancho. Nosotros los marineros hemos tenido siempre á ese astro como una cosa tan inmóvil como la catedral de Sevilla; pero en este viaje le hemos visto mudar de posicion con la misma inconstancia que los vientos.

—¡Cáspita! eso es milagroso en verdad, exclamó Pedro Mártir; tal vez hay en ello alguna equivocacion, seor Sancho, además que no os supongo muy ducho en las investigaciones siderales.

—Pregúnteselo vuestra merced á D. Cristóbal; cuando primero observámos ese *fernómemo* como le llamó el almirante, hablámos juntos de la materia, y llegámos á concluir que en el mundo nada habia tan estable como pareciera. Crea vuesaerced, señor D. Pedro, que la estrella del Norte da vueltas como un catavientos.

—He de consultar sobre esto al nobilísimo almirante; però, despues de lo referente á ese astro, seor marino, ¿qué es lo que más juzgasteis digno de

atencion? Hablo ahora de cosas ordinarias, dejando las científicas para futuras discusiones.

Esta era pregunta harto grave para que pudiese contestarse con ligereza, y mientras estaba Sancho rumiando la réplica, abrióse la puerta del salon, dando entrada á D. Luis de Bobadilla, quien se presentó con todo el atavío de sus varoniles gracias y de su brillante traje. Una docena de voces pronunciaron su nombre á una, y Pedro Mártir se levantó para recibirle con aspecto y ademanes en que se traslucía una cariñosa reconvencion.

—Me he tomado la libertad de solicitar esta honra, señor conde, dijo el preceptor, aun cuando hace tiempo que os hallais fuera del alcance de mis consejos y disciplina; pero juzgué que un sugeto tan aficionado á viajar como vos, pudiera aprovecharse de una leccion útil, así como tambien complacerse en oír las maravillas de una expedicion tan gloriosa como la que acaba de hacer el ilustre piloto extranjero. Este digno marino, en quien no dudo tuviera gran confianza el almirante, se ha servido participar hoy de nuestra mezaquina, si bien hospitalaria mesa, y va á referirnos multitud de hechos interesantes y de maravillosos incidentes respecto á tan portentosa aventura. Señor Sancho Mundo, este caballero es D. Luis de Bobadilla, conde de Llera, grande de altísimo linaje, y sugeto á quien los mares no desconocen, pues los ha cruzado con frecuencia.

—Está demás que me lo digais, señor Pedro, contestó Sancho, devolviendo el gracioso saludo con profundo aunque desmañado respeto; pues lo he conocido á la primera ojeada. Su excelencia ha estado en el Oriente así como D. Cristóbal y yo, aunque fuimos allá por distinto rumbo, y ni unos ni otros llegámos precisamente tan léjos como á Catay. Hónrame sobremanera vuestro conocimiento, D. Luis, y me tomo la libertad de pronosticaros que el noble almirante hará que la navegacion entre más en moda que lo ha estado estos últimos años. Si pasais alguna vez por las cercanías de Moguer, os ruego no llegueis á la puerta de Sancho Mundo sin deteneros á preguntar si el amo se encuentra en casa.

—Os lo prometo de buenísima voluntad, digno maese, dijo D. Luis riéndose y tomando una silla, aun cuando el viaje me llevase á la compuerta del dique. Y ahora, señor D. Pedro, no sea yo causa de que se interrumpa el discurso, que segun advertí al entrar era interesante en extremo.

—He estado calculando el asunto, señores, prosiguió Sancho con mucha gravedad, y el hecho que más me llama la atencion despues de las travesuras de la estrella del Norte, es el que no haya doblas en Cipango. Lo que es oro no falta, y paréceme harto singular que un pueblo tenga oro y no se acuerde de la conveniencia de acuñar doblas, ú otras monedas por el estilo.

Pedro Mártir y los demás concurrentes soltaron la carcajada al oír esta salida, y luego se discutió la materia en otra forma.

—Prescindiendo de esta cuestion, que más bien pertenece á la política que á los fenómenos de la naturaleza, continuó Pedro Mártir, ¿qué cosa os pareció más notable respecto á la humana naturaleza?

—En ese particular, creo que la isla de las mujeres puede apuntarse como

el más extraordinario de los *fernómenos* que hemos presenciado. He visto á muchas mujeres encerrarse en los conventos, y á muchos hombres tambien; pero ántes de este viaje, no habia oído nunca que las unas y los otros quisieran enclaustrarse en las islas.

—¿Y es eso verdad? preguntó una docena de voces, ¿en efecto, señor, toparon vuestras mercedes con alguna isla de esa clase?

—Creo que la vimos á lo léjos, señores, y tengo por buena ventura el que á ella no nos acercásemos, porque encuentro que las chancletas de Moguer nos dan bastante ruido, sin necesidad de que nos hallemos de pronto con una entera cáfila de ellas. Luego allí está el pan que crece á modo de raíz?... ¿Qué dice de eso useñoría, señor D. Luis? ¿No es cierto que es un manjar de gusto muy sabroso?

—Esa es pregunta á que vos mismo debeis contestar. ¿Qué puedo yo saber sobre las maravillas de Cipango, cuando Candía yace en direccion opuesta?

—Verdad, ilustre conde, y pido humildemente me perdoneis. Cierto que la obligacion del que ve, es referir, así como es el creer la obligacion de los que no han visto. Espero que cuantos aquí nos hallamos desempeñemos sobre este punto nuestros diversos papeles.

—¿Y la carne que comen los indios es tan notable como su pan? preguntó uno de los Cerdas.

—Y tanto, noble señor, cuanto que se comen unos á otros. Ni yo ni D. Cristóbal, para no mentir, fuimos convidados á banquetes de esa clase; pues supongo se figurarian que no admitiríamos el obsequio; pero muchos fuéron los informes que tuvimos acerca de esa práctica, y segun el cálculo más aproximado que pude hacer, el consumo de hombres en la isla de Bohio, deberá ser igual al de vacas en España.

Interrumpieron al orador veinte exclamaciones de asco, mientras Pedro Mártir meneaba la cabeza á fuer de hombre que esquivara creer la verdad de la noticia. Sin embargo, como no esperase oír una filosofía, una ciencia muy honda de los labios de un sugeto tan simple como el tal Sancho Mundo, prosiguió la conversacion:

—¿Nos diréis algo de las aves rarísimas que el almirante ha presentado hoy á sus altezas? preguntó el sabio.

—Señor, las conozco como la madre que las parió, especialmente los loros. Son unos pajarracos muy astutos, y no dudo que pudiesen contestar á algunas de las preguntas, que hacen muchos aquí en Barcelona, á su perfecta satisfaccion.

—Veo claramente, señor Sancho, que sois un socarron y aficionado á la broma, contestó sonriéndose el sabio. Dad rienda suelta á vuestra fantasia; y ya que con la instruccion, de que careceis, no os es dable adelantaros, divertidnos al ménos con vuestros conceptos.

—San Pedro sabe que yo haria cualquiera cosa en obsequio de vuestras mercedes, señores, pero cuando nací se me imprimió en el corazon tal sello de verdad, que no me es posible chanclear. Lo que veo es lo que creo, y como

he estado en las Indias, me es imposible cerrar los ojos para no admirar sus portentos. Topámos con una mar de broza, lo que no es un milagro de cada día, pues no dudo que los mismísimos diablos apilasen sobre el agua todos aquellos yerbajos, á fin de que nos estorbasen llevar la cruz á los pobres paganos que habitan al otro lado del mar. Atravesámoslo en virtud más bien de nuestras preces que de los vientos favorables.

Miraron los circunstantes á Pedro Mártir para averiguar su opinion respecto á semejante teoría, y el maestro no se halló muy dispuesto á tragar todo lo que plugo á Sancho aseverar bien que el honrado gaviero hubiese verificado el viaje á las Indias.

—Ya que manifestais tanta curiosidad, señores, acerca del asunto de Colon, ahora almirante de las Indias, en virtud del noble encargo que sus altezas le dieran, podré satisfacer vuestro anhelo, contando cuanto sé, dijo Luis con dignidad y calma. Bien os consta que anduve mucho con Cristóbal Colon ántes que se diese á la vela, y que tuve alguna mano en traerle de vuelta á Santa Fe, aun cuando hubiese ya salido de aquel real sitio, como se suponía, por vez postrera. Nuestra intimidad se ha renovado desde que llegó á Barcelona el gran genovés, y muchas horas hemos pasado en coloquios privados discurriendo sobre los sucesos de estos últimos meses. Lo que así he aprendido vedme pronto á comunicarlo, con tal que tengais la condescendencia de oirlo.

Como toda la reunion le diese un consentimiento ansioso, comenzó ahora Luis un relato general del viaje, detallando todas las circunstancias principales de interés, y dando las razones que más en boga á la sazón se hallaban acerca de los varios fenómenos que apuraran á los aventureros. Habló durante una hora larga, procediendo en su relacion de isla en isla, consecutivamente, y explayando su discurso sobre las producciones imaginarias ó reales. Parte, y no poca, de su relato, dependió de las equivocaciones del almirante, y de sus erróneas interpretaciones de las señas y lengua de los indios, como es fácil de suponer; pero todo se dijo con claridad, y en términos elegantes, ya que no elocuentes, al paso que con aire singularísimo de verdad. Por fin, nuestro héroe hizo pasar las resultas de sus propias observaciones por el relato del almirante, y más de una vez se halló interrumpido por estrepitosos bravos. Hasta Sancho le escuchaba con deleite, y luego que acabó de hablar el noble doncel, levantóse de su silla exclamando con cordial arrebató:

—Señores, podeis creerle, cual si estuviera predicándoos el Evangelio. Si este señor hubiese visto lo que acaba de describir con tanta perfeccion, no pudiera haber sido más exacto, y me considero sobremanera venturoso en escuchar la historia de nuestro viaje, la cual desde luego acoto como mia propia, copiándola palabra por palabra; pues así consiga el favor de mi santo patrono, como que nada más que eso he de decir á mis compinches de Mogueer, luego que me halle de vuelta en aquella bendita ciudad de mi niñez.

Mal tercio hizo á la influencia de Sancho el efecto producido por la relacion de D. Luis, la cual, dijo en voz alta Pedro Mártir, hubiera hecho honor á un literato que hubiese acompañado la expedicion. Apelaron algunos de los presentes al viejo marino en solicitud de saber su modo de pensar acerca de

las aserciones que acababa de oír, y sus protestas en favor de la exactitud del relato aun fuéron más vehementes.

Increible es la reputacion que este pequeño engaño dió al conde de Llera. El poder repetir con exactitud y buen efecto unas palabras que se suponía haber salido de los labios de Colon era una prerogativa en cierto grado; y Pedro Mártir, que con justicia disfrutaba de alta reputacion en virtud de su ciencia, comenzó á preconizar por todas partes las alabanzas de nuestro héroe, miéntras sus discípulos servían de eco á sus voces con todo el ardimiento y la imitacion tan naturales á la juventud. Tal, en verdad era, la fama del genovés, que cualquiera conseguía una especie de reflejada nombradía, cuando se le consideraba participe de su confianza, de modo que un millar de locuras, achacadas real ó imaginariamente al conde de Llera, quedaron de hecho olvidadas con la circunstancia de que el almirante le hubiese juzgado digno de ser el depositario de sus sentimientos y opiniones, y todos los incidentes de su viaje. Además, como se veía á Luis con mucha frecuencia en compañía de D. Cristóbal, no fué rebacio el mundo en conceder al noble mancebo la posesion de ciertas cualidades, que por causa de algunos motivos, no fáciles de explicar, se le habian pasado por alto hasta entónces. De este modo alcanzó Luis de Bobadilla algunas ventajas de carácter público, en virtud de su resolucion y genio emprendedor, aunque muchas ménos que hubieran resultado de una franca manifestacion de lo que habia ocurrido. Hasta qué punto y de qué modo le aprovecharon estas ventajas respecto á Mercedes, aparecerá en las siguientes páginas.

CAPÍTULO XXVIII.

Cada mirada, cada movimiento
Alguna nueva gracia despertando,
Sobre su forma daba nacimiento
A una aureola de reflejo blando.

Mas pronto alguna gracia aun más divina,
La anterior anublaba, y en pos de ellas
Acudía á ofuscar sus luces bellas
Otra gracia de luz más peregrina.

MASON.

El día del recibimiento de Colon en Barcelona habia proporcionado horas de agitadas sensaciones y de sincero deleite para el alma ingénua y pura de la reina castellana. Ella fuera el genio promovedor de aquella empresa, en cuanto

conciérne á los recursos y á la autoridad; y nunca hubo testa coronada que recibiese más amplio galardón con la magnitud de las resultas que siguieron á sus esfuerzos celosos y bien entendidos.

Luego que tuvieron término la excitacion y baraunda de aquel dia, retiróse Isabel á su gabinete, y como era su costumbre en las grandes ocasiones, dió suelta de rodillas á su efusion de gratitud en ardorosas pécas, rogando á la Providencia divina la sostuviera en el cúmulo de nuevas responsabilidades que la abrumaban, dirigiendo sus pasos tanto como reina soberana, cuanto como mujer católica. Hacía pocos minutos que dejara su devota actitud y hallábase sentada con la mano en la mejilla, cuando oyó llamar á la puerta. Solo habia en España una persona que pudiera tomarse esta libertad, por muy suave que fuese el golpe; así es que la reina, levantándose al instante, abrió y dió entrada al rey.

Todavía conservaba Isabel su hermosura. Sus formas, siempre de perfeccion admirable, nada habian perdido aun de sus gracias hechiceras. Poquísimamente de su lustre faltara á sus ojos, al pasó que su sonrisa, dulce y benéfica siempre, no dejaba de reflejar los puros y femeniles impulsos de su corazon. En una palabra, su belleza juvenil habia sufrido poco de la transicion ordinaria al estado de esposa y madre, y en aquella noche parecia cual si todos sus encantos virginales hubieran súbitamente reflorecido. Encendia sus mejillas el entusiasmo santo; la sublimidad de sus pensamientos prestaba redondez á sus facciones, pues habíamla ocupado largo rato, destellando en sus ojos las esperanzas de la exaltacion religiosa. Pásmó á Fernando esta mudanza en el aspecto de su esposa, y despues de contemplar á la reina en silencio, cerró la puerta del gabinete.

—¿No es esta una recompensa muy maravillosa de esfuerzos tan leves? exclamó la reina, quien se imaginaba que los pensamientos del rey tenían la misma direccion que los suyos. Un nuevo imperio ganado á tan poca costa, repleto de tesoros que la imaginacion no puede calcular, amen de millones de almas que habrán de redimirse de la esclavitud eterna por los méritos de una gracia tan inesperada para ellas, cual el conocimiento de que existian lo ha sido para nosotros.

—Siempre estás pensando Isabel en la salvacion de las almas. Tienes razon; ¿pues qué son las pompas y glorias de este mundo si se comparan con las esperanzas de salvacion y á las delicias del cielo? Confíesote que Colon ha excedido en mucho á mis deseos más exagerados, y ha ofrecido tal porvenir á España, que el ánimo sabe apenas en dónde colocar los límites de tan halagüeño cuadro.

—Considera cuantos millares de millares de pobres indios pueden vivir para bendecir nuestra autoridad, y para sentir la influencia y los consuelos de la santa Iglesia.

—Espero que nuestro pariente y vecino, el rey Dom Joao, no nos molestará sobre este punto. Esos portugueses tienen tal ansia de descubrimientos, que les sienta mal la buena fortuna que en este ramo tengan las demás potencias, y aun se dice que se hicieron á aquel monarca muchas peligrosas y malvadas propuestas mientras nuestras carabelas se hallaban ancladas en el Tajo.

—Fernando, asegúrame Colon que ignora si los indios profesan creencia alguna religiosa; de modo que nuestros ministros no tendrán que combatir preocupaciones cuando ofrezcan á sus almas sencillas las sublimes verdades del Evangelio.

—No hay duda que el almirante habrá examinado á fondo esas materias... Opina que la isla, á que ha dado el nombre de Española, necesita muy poco para igualar en extension á Castilla, Leon, Aragon, Granada, y en verdad al conjunto de todas nuestras posesiones en la Península.

—¿No reparaste lo que refirió acerca de la docilidad y mansedumbre de sus habitantes? ¿No te asombró el aspecto sencillo y confiado de los que consigo ha traído? Fácil será enseñar á tales seres á adorar al único Dios verdadero y á amar y honrar á sus soberanos.

—La autoridad lleva siempre el respeto consigo misma. Además que don Cristóbal me ha asegurado en una conferencia privada que con mil lanzas veteranas sería fácil domeñar todas aquellas regiones del Este. Debemos acudir cuanto ántes al Padre Santo, con el objeto de que establezca tales límites entre nos y D. Juan que impidan haya disputas en lo venidero, acerca de nuestras respectivas pretensiones. Ya he hablado con el cardenal sobre este asunto, y él me lisonjea con la esperanza de que mi solicitud hallará favor en los oídos de Alejandro.

—Supongo que en este negociado no se mirarán por encima los medios de propagar la fe; porque mucho me apena el hallar á los graves eclesiásticos tomarse mayor interés por las cosas mundanas, que por que pertenecen á su divino Señor.

Por un instante clavó Fernando la vista en el rostro de su esposa sin decir una palabra. Advirtió, como acontece á menudo en cuestiones de política, que sus sentimientos no se hallaban acordes en un todo, y recurrió á una alusion, que raras veces dejaba de atraer los pensamientos de Isabel, bajándolos de sus más excelsas aspiraciones á unos asuntos más mundanos, cuando la llamada se hacia á debido tiempo.

—Tus hijos, Isabel, dijo el monarca, heredarán quizás una buena hijuela por el feliz éxito de este nuestro último golpe de política, sin duda el mayor que dar podemos! En adelante tus dominios y los míos tendrán un mismo heredero; tambien el casamiento con Portugal puede abrir calle á nuevas aciones de territorio; Granada está asegurada ya á los tuyos por el esfuerzo de nuestras armas; y ahora la Providencia nos ha trillado las vias para que alcancemos un imperio en el Oriente, que deberá, segun promete, exceder á cuantó en Europa se ha conseguido.

—¿No son tuyos mis hijos, Fernando? ¿Puede tocarles en suerte algun bien que sea ajeno de tí y de tus esperanzas? Espero que aprendan á entender para qué tantos nuevos vasallos y tan anchurosos territorios se han añadido á sus posesiones, y que siempre permanecerán leales á su más alta y primera obligacion, la de extender el dominio del Evangelio, á fin de que el imperio de una sola y católica Iglesia pueda llevarse más pronto á cabo.

—Sin embargo, no está demás que aseguremos aquellas ventajas que

se nos ofrecen en mundana hechura, valiéndonos de arbitrios mundanos.

—Dices bien, Fernando, y es cuidado natural de padres afectuosos mirar por los intereses de sus hijos, así en estas como en las demás materias.

Escuchó Isabel las sugerencias políticas de su consorte, y ambos pasaron una hora en discutir algunas de las medidas importantes que se creía requirieran sus intereses comunes ponerse en práctica sin pérdida de tiempo. Después de este coloquio despidióse Fernando de su esposa con afecto tiernísimo, y se retiró á su gabinete para dedicarse al trabajo como de costumbre, hasta que le apremiase la necesidad de tomar descanso.

Quedóse Isabel pensativa por algunos instantes después que el rey la hubo dejado, y luego, tomando una luz, atravesó ciertos pasillos privados, que bien conocidos le eran, á fin de dirigirse á las habitaciones de sus hijas. Allí estuvo más de una hora dando suelta á la ternura de su cariño, y desempeñando los deberes de una madre sensibilísima, besando alternativamente á las princesas y bendiciéndolas con fervor, hasta que tuvo á bien retirarse del mismo sencillo modo con que habia ido á visitarlas. En vez, sin embargo, de volverse á su cámara, caminó en dirección contraria, hasta que habiendo llegado á una puerta escusada, llamó suavemente. Una voz de adentro invitóla á entrar, y hallóse la reina de Castilla á solas con su antigua y bien probada favorita la marquesa de Moya. Un ligero ademán prohibió los testimonios usuales de respeto, y conociendo los deseos de su ama sobre este particular, recibió doña Beatriz á la regia huésped casi como hubiera acogido á una amiga íntima de igual categoría.

—Hemos tenido un día de tanta ocupacion y de júbilo tan grande, hija marquesa, comenzó la reina poniendo tranquilamente sobre un velador la lamparilla de plata que llevaba en la mano, que casi habia olvidado un deber que olvidar no era justo. Tu sobrino, el conde de Llera, ha vuelto á la corte; y se conduce con tal modestia y cordura como si no hubiese tenido parte en la gloria ni en la grande hazaña del ilustre Colon.

—En efecto, señora, aquí está Luis; pero si su conducta es prudente y cuerda, lo dejó á otras personas el decidirlo, pues de estas podrá ser la imparcialidad.

—A mis ojos tal se ha presentado su comportamiento; y bien pudiera perdonársele á un ánimo juvenil cierta jactancia por tan dichoso resultado. He venido para hablarte de D. Luis y tu pupila. Ahora que tu sobrino ha dado esta prueba de perseverancia y valor, no puede existir ya razon ninguna que estorbe el enlace de los dos mozos. Bien sabes que tengo la promesa de doña Mercedes, quien me juró que no se casaria sin mi beneplácito, y esta noche quiero hacerla tan feliz como me siento yo misma, dejándola en libertad de ser dueña de sus propios deseos; aun más, haciéndola saber que es mi gusto verla tomar el título de condesa de Llera, y eso á la mayor brevedad.

—Vuestra alteza, señora, se vuelve toda bondades para mí y para los míos, contestó la marquesa con visible frialdad. Profunda en extremo debe de ser la gratitud de Mercedes, al hallar que su regia ama piensa en su bien estar, cuando tantos y tan importantes objetos ocupan á su soberana.

—Eso es lo que acá me ha traído tan á deshora. Mi alma se encuentra abrumada con el peso del reconocimiento, que ántes de retirarme á dormir, quisiera, si posible fuese, hacer á todos tan dichosos como me siento yo misma. ¿Dónde está Mercedes?

—Se acaba de separar de mí un momento ántes que vuestra alteza viniera, con el objeto de retirarse á su cuarto. Iré á avisarla que se presente ahora mismo.

—Pasaremos á verla, Beatriz mia; las nuevas de que soy portadora no deben demorarse.

—Es el deber de mi pupila, señora, así como siempre será su delicia, el tributar á vuestra alteza todo acatamiento...

—Bien me consta eso, marquesa-hija; pero deseo llevarle la noticia en persona, interrumpió la reina, guiando hácia la puerta sus pasos. Enséñame tú el camino, pues lo sabrás mejor que nadie. Allá vamos con poquísima pompa, y ménos ceremonia, como lo ves, cual Cristóbal Colon dándose á la vela para explotar los mares desconocidos, y llevando albricias tan gratas para tu pupila como aquellas de que fué portador el genovés á los obcecados habitantes de Cipango. Estos corredores son nuestros mares sin sendero, y estos enredados pasadizos las vías ocultas que nos encaminamos á explorar.

—Quiera el cielo que vuestra alteza no haga algun descubrimiento tan asombroso, cual el que acaba de divulgar el célebre navegante. En cuanto á mí, apenas sé si he de creer todas las cosas ó tornarme incrédula respecto á todas ellas.

—No me admira tu sorpresa, Beatriz. Ese es un sentimiento que ha sobrepajado á los demás á causa de los recientes y extraordinarios sucesos, contestó la reina equivocando evidentemente las alusiones de las palabras de su amiga. Pero aun tenemos de reserva otro gozo, el de presenciar el júbilo de un corazón femenino y puro, que ha sufrido sus pruebas, conduciéndose con la fortaleza que sienta tanto á una cristiana doncella.

Arrancó doña Beatriz un hondo suspiro sin responder palabra. A ese tiempo ya atravesaban el pequeño salon en donde se permitía que Mercedes recibiese á sus conocidas, y hallábanse próximas á la puerta de su cámara. Allí encontraron á una dama de honor, quien corrió á avisar á la jóven la clase de visita que iba á recibir. Acostumbraba Isabel á tomarse la libertad de una madre en su trato con aquellos á quienes quería, y abriendo la puerta sin ceremonia, presentóse delante de nuestra heroína, ántes que esta pudiese adelantarse para recibirla.

—Hija, comenzó la reina, tomando asiento y sonriéndose con benigna afabilidad al notar el asombro de la niña. He venido para desempeñar un solemne deber. Arrodillate aquí, á mis piés, y presta oído á tu soberana cual una madre lo hiciera.

Obedeció alegremente Mercedes, pues en aquel instante todo era preferible á verse obligada á hablar. Luego que hubo tomado la posición requerida, ciñóle el cuello la reina afectuosamente con uno de sus brazos, y allególa aun más á su regia persona, hasta que por un esfuerzo blandísimo quedó oculta la cara de la jóven en las ondas del ropaje de Isabel.

—Hija mía, tengo justos motivos para ensalzar tu fe y el desempeño de las obligaciones que te han incumbido, dijo la reina tan luego como se hizo delicadamente aquel arreglo tan favorable para las sensaciones de Mercedes. No te has olvidado de tu promesa en un ápice; y es ahora mi objeto dejarte dueña de tus propias inclinaciones, y levantar cuantos estorbos pudieran oponerse á tu nueva prerogativa. Ya no tienes con tu soberana compromiso de ninguna clase, pues á la doncella, que hasta aquí ha manifestado tanta discrecion, puede dejársela árbitra de su propia felicidad.

Mercedes continuaba muda, aunque se imaginó la reina que advirtiera un ligero estremecimiento recorrer convulsivo las delicadas formas de la virgen castellana.

—¿No me respondes, hija? ¿Te es preferible que siga otra persona siendo árbitra de tu suerte, que ejercer por tí misma ese encargo? Bien, pues entonces como tu soberana y madre, sustituiré el mandato al consentimiento, diciéndote que es mi gusto y mi deseo el que tan pronto como sea compatible con el decoro y tu excelsa clase llegues á ser esposa de don Luis de Bobadilla, conde de Llera.

—No... no... no... señora... nunca... nunca... baluceó Mercedes mientras ahogaban igualmente su voz las emociones que sentía y el modo con que sepultara su rostro en el seno de la reina.

Miró Isabel maravillada á la marquesa de Moya. Su semblante no manifestaba disgusto ni resentimiento, porque conocía asaz á fondo el carácter de nuestra heroína para sospecharla de caprichosa, ó para creer que ninguna débil prevaricacion pudiera existir en materia que tan de cerca atañía sus sentimientos; y solo anubló la desazon que produjo en ella este incidente, lo súbito de su inteligencia con un sentimiento de sorpresa irreprimible.

—¿Puedes tú explicarme esto, Beatriz? preguntó la reina al cabo de un rato. ¿He venido pues á hacer mal, donde fué mi mejor intencion hacer bien? Desgraciada soy, pues segun parece he atravesado con una profunda herida el corazon de esta pobre muchacha, cuando creia que iba á conferirle una suprema felicidad.

—No... no... no... señora, volvió á murmurar Mercedes asiéndose convulsivamente de las rodillas de la soberana. Vuestra alteza á nadie ha herido, á nadie *puede* lastimar, á nadie *es posible* que ofenda. Sois un conjunto de bondad y cordura.

—Beatriz, á tí pido la explicacion de esto. ¿Ha ocurrido alguna cosa para esta mudanza de sentimientos?

—Mucho me temo, queridísima señora, que los sentimientos sean los mismos que ántes, y que tal mudanza no exista en este jóven é inexperto corazon, sino en el de un hombre voluble é inconstante.

Un relámpago de indignacion lanzaron los ojos de la princesa, comunmente tan plácidos, mientras su aspecto cobraba toda su nativa majestuosidad.

—¿Será cierto? exclamó Isabel. ¿Se atreveria un vasallo de Castilla á burlarse así de su soberana...? ¿de un ser tan amable y puro como esta doncella...? ¿de su fe para con Dios? ¡Si el inconsecuente conde se imagina poner

en obra impunemente esos actos de criminalidad, que mire por sí!!! ¿Puedo yo castigar al que roba una miserable moneda de oro, y dejar ileso al que traspasa con mortal herida el alma de una inocente? Admirome de tu frescura, hija marquesa; tú, que tan propensa eres á dejar que tu honrada indignacion prorumpa de tus labios en el justo lenguaje de un espíritu sin temor y sin doblez.

—Ay, señora y muy querida ama mia; ya se exhalaban mis sentimientos, y la naturaleza no quiere más. Además, el mozo es hijo de mi hermano, y cuando evocar es mi intencion un resentimiento contra él, correspondiente á su delito, la imágen de aquel hermano adorado, de quien es el retrato mismo, se me presenta delante de los ojos con ciertos rasgos que enervan mi resolucion.

—Esto rara vez acontece... ¡Una jóven tan bella, tan noble, tan rica, por todos títulos tan excelente, verse tan pronto olvidada! ¿Podeis atribuirlo á las vagamundas inclinaciones de vuestro sobrino, señora de Moya?

La reina Isabel hablaba cual no tenia de costumbre, y como las personas de su excelsa jerarquía suelen prescindir de consideraciones menores cuando los sentimientos se excitan con demasiada energia, no se acordó de que Mercedes la escuchaba. El estremecimiento convulsivo que volvió á sacudir el cuerpo de la cuitada jóven, no dejó sin embargo de traerle á las mientes la idea de tal hecho, y la augusta princesa no habria abrazado á su hija la infanta doña Juana con mayor ahinco apretándola contra su corazon, que lo hizo con la hermosa doncella.

—¿Y qué remedio, señora? repuso la marquesa con suma amargura. Luis, sin reflexion ni principios, de que verdaderamente carece, ha inducido á una jóven princesa indiana á abandonar su casa y sus amigos, só pretexto de acrecentar la gloria del almirante, pero en realidad para satisfacer uno de esos caprichos perversos que hacen á los hombres lo que verdaderamente son en sí, y sacrificar á las desdichadas mujeres engañándolas villanamente.

—¿Una princesa indiana, dices? Informónos el almirante que traia consigo á una dama de esa clase, en verdad; pero describióla como casada, no como rival de doña Mercedes de Castilla.

—Ah, señora, esa de quien hablais no puede compararse con aquella á que aludo, con Ozema, pues tal nombre le dan en las Indias. Esta Ozema es un sér muy diverso, y no deja de tener altas pretensiones á la belleza exterior. Si la mera apariencia de persona pudiese disculpar la conducta del muchacho, no quedaria este completamente sin excusa.

—¿Y cómo lo sabeis, Beatriz?

—Porque Luis la ha traído al palacio y en este momento se encuentra la jóven alojada en estas mismas habitaciones. Mercedes la ha recibido como á una hermana, aun cuando la huésped extranjera le haya hecho añicos el corazon.

—¿Que está *aquí* dices, marquesa? Luego no puede haber una union viciosa entre el irreflexivo mancebo y la indiana beldad. No se atreveria tu sobrino á ofender de un modo tan grosero la inocencia y la virtud.

—De eso no nos quejamos, señora. Es la inconstancia pueril y la descabellada crueldad del conde lo que ha despertado contra él mi resentimiento. Nunca he procurado ejercer influencia sobre mi pupila para que favoreciera sus pretensiones, pues no quiero que digan que apetecí una union honorífica y ventajosa para nuestra casa; lo que anhelo vivamente es convencer á mi pupila para que acere su noble corazon contra la indignidad de mi sobrino.

—¡Ah! ¡señora, tutora mia! balbuceó Mercedes, Luis no es tan culpable. La belleza de Ozema y mi propia carencia de medios para afianzar la constancia del conde, son las únicas cosas que tienen la culpa.

—¡La belleza de Ozema! repitió la reina con pausa. ¿Es pues, Beatriz, tan perfecta esa jóven india que tu pupila le tenga envidia ó miedo? Nunca habría yo supuesto que existiese un sér semejante.

—Vuestra alteza sabe muy bien lo que sucede á los hombres. Aman las novedades, y las caras más nuevas son las que más les cautivan. Eso me lo ha hecho conocer Andrés de Cabrera, aunque fuera delito suponer que nadie hubiese dado nunca tan severa leccion á doña Isabel de Trastamara.

—Refrena tus sentimientos impetuosos y desenfrenados, hija marquesa, contestó la reina, echando una mirada al soslayo sobre las graciosas formas de Mercedes, quien ahora tenia oculta la cabeza en su falda. Rara vez la verdad ejerce su imperio cuando rebosan en el corazon las pasiones. D. Andrés ha sido siempre un leal vasallo, y hace la debida justicia á tu mérito; y respecto al rey nuestro señor, él es padre de mis hijos, así como tambien tu soberano. En cuanto á Ozema... ¿dejarás que la vea, Beatriz?

—No tenéis mas que mandarlo, señora; podeis ver á quien os plazca. Pero sin duda está á mano Ozema, y vendrá á vuestra real presencia tan luego como se digne vuestra alteza disponerlo.

—No, Beatriz, si es princesa, y extranjera en estos reinos, hay una consideracion debida á su alta jerarquía. Vaya doña Mercedes á prepararla para nuestra visita, porque quiero pasar á su propia habitacion. La hora es poco conveniente; mas ella disimulará esta falta de etiqueta, luego que la atribuya á mis deseos de servirla.

Sin aguardar Mercedes á recibir segundo mandato, apresuróse á hacer lo que la reina exigiera. Isabel y la marquesa permanecieron en silencio buen rato al quedarse solas, y despues la primera, como convenia á su clase, dió principio al coloquio.

—¡Es muy notable que Colon no me haya hablado de esta princesa! dijo la reina de Castilla. Una persona de la categoría de Ozema no debería haber puesto los piés en España con tan poca ceremonia.

—El almirante la juzgó como objeto predilecto de los esmeros de D. Luis, y la dejó para ser presentada á vuestra alteza por mi sobrino. ¡Ah, señora! ¿no es muy extraño ver á un ángel como Mercedes suplantada por un sér medio desnudo, sin bautismo ni civilizacion, cuya alma puede asegurarse que se halla en el apuro de instantánea condenacion?

—Precisa cuidar de su alma, Beatriz, y eso sin pérdida de tiempo. Pero

díme ¿esa princesa es realmente asaz bella para suplantar á una criatura tan amable como doña Mercedes?

—No es eso, señora, no es eso. Pero los hombres son inconstantes, y tienen tanta afición á lo nuevo! Luego la modesta restriccion de los modales civilizados no tiene para ellos tanto atractivo como la libertad de aquellas personas para quienes hasta la vestimenta sobra. No pongo en duda, sin embargo, la modestia de Ozema, pues en cuanto á sus hábitos parece intachable; mas el insensato capricho de un mancebo descabellado puede hallar atractivos en las maneras naturalmente libres y en la persona media ataviada, de que carecen el aire y talante de una castellana de excelsa cuna, á quien se ha enseñado que se respete rigidamente á par que al sexo á que pertenece.

—Eso puede ser cierto en cuanto atañe al vulgo, Beatriz; pero motivos tan indignos jamás pueden influir en el conde de Llera. Si tu sobrino ha sido en efecto tan variable como lo supones, la princesa indiana deberá poseer mayor excelencia de la que hemos creído.

—De eso, señora, podréis juzgar con vuestros propios ojos. Aquí está la camarera de Mercedes, que viene á informarnos hallarse lista la indiana para recibir la honra que vuestra alteza tiene intencion de dispensarla.

Nuestra heroína había preparado á Ozema para su entrevista con Isabel. En tal fecha recogiera ya la jóven haitiense tantos vocablos españoles, que la comunicacion verbal con aquella estaba muy léjos de ser materia difícil, aunque se expresase todavía del modo abrupto y desconcertado de una persona para quien el idioma era nuevo. Comprendió perfectamente que iba á verse con aquella amadísima soberana de quien tan á menudo Luis y Mercedes le habían hablado con reverencia, y acostumbrada á reconocer por superiores á los caciques más potentes que su hermano, poco costó darle á entender que la persona por quien ahora iba á ser visitada era la primera de su sexo en España. La única equivocacion que existia dimanaba de que Ozema creia á Isabel soberana de todo el mundo cristiano, en vez de reina de una comarca determinada; pues en su imaginacion tanto Luis como Mercedes eran personas de regia estirpe.

Aunque Isabel se hallase preparada para encontrarse con un sér de sorprendente perfeccion respecto á formas, hizo un ademan de asombro al dirigir los ojos á Ozema. No fué tanto la belleza de la jóven india lo que la admiró como la gracia nativa de sus movimientos, la noble y feliz expresion de su semblante, y el desembarazo de su porte y continente. Habíase acostumbrado Ozema á ciertos vestidos que en Haiti hubiera hallado bastante incómodos; la susceptibilidad de Mercedes sobre el decoro femenino la indujo á regalar á su nueva amiga varias prendas de vestir, que singular, aunque caprichosamente contribuian al realce de sus encantos. A pesar de todo, la dádiva de Luis aparecia siempre arrojada sobre uno de sus hombros, cual la prenda más apreciable de su equipo, mientras la cruz de doña Mercedes descansaba en su seno como el más precioso de todos sus adornos.

—¡Es una maravilla, Beatriz! exclamó la reina al detenerse en la extremidad del cuarto, mientras en la otra inclinaba Ozema el cuerpo con gra-

ciosísima cortesía. ¿Es posible que este sér tan raro tenga una alma que nada sepa de su Dios y Redentor? Pero por escasa que sea su ilustracion, no existe el vicio más leve ni engaño alguno en su sencillo corazon.

—Señora, así es la verdad. A despecho de las razones que nos asisten para estar disgustadas, tanto mi pupila como yo la amamos mucho ya, y pudiéramos abrazarla, la una como amiga, la otra como madre.

—¡Princesa! dijo la reina adelantándose con reposada dignidad hácia Ozema, inclinada y con los ojos modestamente bajos; sois bien venida á mis dominios. El almirante se ha conducido perfectamente en no confundir á una dama de vuestra alcurnia con aquellos que ha presentado á los ojos del vulgo, probando así su juicio usual no ménos que su respeto al sagrado carácter de los monarcas.

—¡Almirante! exclamó Ozema con ojos radiantes de inteligencia, pues hacia tiempo que la jóven india sabía pronunciar el bien ganado título de Colon. Almirante Mercedes, Isabel Mercedes, Luis Mercedes, señora Reina!

—Beatriz, ¿qué significa eso? ¿Por qué razon juntará la princesa el nombre de tu pupila con el de Colon, con el mio, y hasta con el del conde de Llera?

—Señora, por algun extraño error ha llegado á creer que el vocablo *Mercedes* significa excelente y perfecto, y así lo junta con cuanto se le figura merecedor de alabanza. Vuestra alteza reparará que hasta une á Luis y Mercedes, enlace que algun dia esperábamos llegara á verificarse; pero el cual pareceria ahora casi imposible, y que ella misma debe ser de todas veras la última que pueda desearlo.

—¡Ilusion extrañísima! dijo Isabel, esa idea debe su origen á alguna causa particular, porque estas materias no provienen de meros accidentes; ¿quién, á no ser tu sobrino, Beatriz, pudiera saber cosa alguna respecto á tu pupila, ó quién sino él pudiera haber enseñado á la princesa que juzgase el nombre de la doncella castellana como un vocablo expresivo de la excelencia?

—¡Señora! exclamó Mercedes, mientras el rubor coloraba sus pálidas mejillas y el gozo destellaba momentáneamente de sus ojos, ¿será cierto?

—¿Y por qué no, hija mia? Quizás nos hayamos apresurado en este negocio, equivocando las señales de adhesion á tí, por pruebas de capricho y de inconstancia.

—¡Ah señora! eso no puede ser; de lo contrario Ozema no le amaria.

—¿Y cómo sabes, hija, que la princesa abrigue otro sentimiento hácia el conde, que el de una mujer agradecida á su cuidado, y al gran servicio de aprender de él las virtudes de la cruz? Aquí, Beatriz mia, hay algun error muy temerario.

—No me recelo que tal acontezca, señora. No puede existir equivocacion respecto á los sentimientos de Ozema, pues esta inocente é inexperta criatura carece del artificio suficiente para ocultarlos. Que su corazon era completamente de Luis, lo descubríamos en las primeras horas de nuestro trato; y su corazon es muy puro y sencillo para rendirse, sin que se le solicitara. El sentimiento de la jóven india no es mera admiracion, sino un cariño tan apasionado que participa de los ardores de aquel sol, que, segun dicen, brilla en su suelo natal.

—Hija mía, retírate, é invocando á la Virgen bendita para que en tu favor interceda, busca la calma de la paz religiosa y de la resignacion en la almohada. Beatriz, deseo interrogar á solas á la princesa.

Retiráronse inmediatamente la marquesa y Mercedes, dejando á la reina con Ozema. La entrevista siguiente duró más de una hora, pues fué necesario ese tiempo para que la reina pudiese formar una opinion acerca de las explicaciones de la extranjera, en virtud de los escasos medios de comunicacion que esta poseia. No pudo dudar Isabel que toda el alma de Ozema perteneciera á Luis. Acostumbrada á no ocultar sus predilecciones, la india era demasiado inexperta para poner en juego las artes del disimulo aun cuando hubiese querido intentarlo; pero en añadidura á su ingenuidad natural, creia Ozema que su deber exigia de ella no ocultar nada á la soberana de Luis, y por lo tanto mostróse con ella tan franca como sencilla.

—Princesa, dijo la reina cuando se creyó en estado de comprender á la india. Ya entiendo perfectamente vuestro caso. Caonabo es el jefe, ó llámese si mejor os place, el rey de una comarca contigua á la vuestra; os solicitó para esposa suya; pero hallándole ya casado con otras princesas, desechásteis con justísimo decoro sus propuestas. Entónces procuró apoderarse á viva fuerza de vuestra persona, hallándose á la sazón hospedado en casa de vuestro hermano el conde de Llera...

—Luis... Luis, interrumpió la india con blanda voz; Luis, no conde, Luis.

—Verdad, princesa; el conde de Llera y Luis de Bobadilla son una misma persona. Luis, ya que así lo quereis, estaba en vuestro palacio, y ahuyentó al presuntuoso cacique, quien, no contento con sujetarse á la ley de Dios poseyendo una sola mujer, buscaba impropriamente en vuestra persona una segunda ó tercera consorte. Vuestro hermano os suplicó que os albergáseis por algun tiempo en España, y D. Luis, llegando á ser vuestro protector, os ha traído aquí y puesto bajo la salvaguardia de su tia.

Inclinóse Ozema en señal de que reconocia la verdad del relato, sin que le hubiese sido difícil entender su mayor parte, pues el tema habia ocupado recientemente casi todos sus pensamientos.

—Y ahora, princesa, continuó Isabel, debo hablaros con ingenuidad maternal, pues considero hijos míos á cuantos tienen la cuna vuestra, mientras moren en mis dominios, y todos poseen el derecho de buscar en mí consejo y proteccion. ¿Profesais á D. Luis un amor de tal naturaleza que pueda induciros á olvidar vuestra patria, y en vez de ella adoptar la suya?

—Ozema no saber que es *adoptar la suya*, observó la perpleja indiana.

—Quiero decir ¿que si consentiriais en ser la esposa de D. Luis de Bobadilla?

Las palabras *esposo* y *esposa* fueron precisamente unas de las primeras cuyo significado habia aprendido la jóven haitiana, y por eso se sonrió con toda inocencia, mientras el carmin cubria sus mejillas y su cabeza hacia la señal comun de asentimiento.

—Segun eso, debo entender que esperais casaros con el conde, pues ninguna modesta virgen como vos confesaria tan francamente sus sentimientos,

sin que esa esperanza en su corazón se madurase con la influencia de la certidumbre.

—Sí, señora, Ozema esposa de Luis.

—Quereis decir, princesa, que Ozema confía casarse con el conde dentro de poco tiempo... en fin, anhela ser su esposa cuanto antes.

—No, no, no. Ozema *ahora* esposa de Luis, Luis casar con Ozema ya.

—¿Será cierto? exclamó la reina mirando de hito en hito á la hermosa extranjera cual si quisiese averiguar si ocultaban sus palabras algun engaño.

Pero en aquel rostro tan ingénuo é inocente no se veía el más ligero vestigio de crimen, y la princesa castellana se vió precisada á creer lo que acababa de oír. Con el objeto, sin embargo, de asegurarse del hecho, interrogó á Ozema y volvió á interrogarla durante media hora más, siempre con el mismo resultado.

Luego que la reina se levantó á fin de retirarse besó cariñosamente á la princesa, pues tal juzgaba era aquella criatura procedente de un estado de sociedad desconocido y novel; al paso que rezaba por lo bajo en pró de la ilustración de su ánima y de su paz futura. Al llegar á su cámara halló que la aguardaba su fiel amiga la marquesa de Moya, quien no habia podido pegar los ojos hasta no saber las impresiones que de resultas de su entrevista con Ozema pudiera haber recibido el corazón de su regia ama.

—Aun es peor de lo que habíamos creído, Beatriz, dijo Isabel, mientras la favorita cerraba la puerta. Tu inconstante y empedernido sobrino se ha casado ya con la princesa indiana, quien es á estas horas su esposa legítima.

—¡Señora, en eso debe haber alguna equivocación! El rapaz temerario no osaría engañarme de tal modo, y en la presencia misma de Mercedes.

—Antes bien, hija marquesa, pondría bajo tu salvaguardia á su esposa, que buscar igual asilo para una mujer con quien no tuviera compromisos semejantes. Pero no puede haber equivocación. He examinado minuciosamente á la princesa, y no me queda duda de que la boda se haya verificado bajo la garantía religiosa. No es fácil entender cuanto ella quiere decir, pero lo que te digo me lo ha asegurado repetidas veces con la mayor claridad.

—¡Soberana señora...! ¿puede un cristiano contraer matrimonio con una mujer que no ha recibido aun las aguas purificadoras del bautismo?

—No por cierto á los ojos de la Iglesia, que son los de Dios. Pero me inclino á creer que Ozema ha sido ya santificada por este rito divino, pues señalaba la cruz que lleva pendiente del cuello cuando hablaba de su enlace con tu sobrino. Y á la verdad, en virtud de sus alusiones, me parece haber comprendido que se tornó cristiana antes de desposarse.

—Y esa bendita cruz, regia ama mia, fué una dádiva de Mercedes al manco veleidoso, un don que al partir le otorgara con objeto de que aquel sagrado símbolo le recordase la constancia y la fe.

—¡El mundo, querida Beatriz, hace tantas brechas en el corazón de los hombres! Ellos estiman en poco la confianza de la mujer y su fidelidad. Pero, hija mia, arrodíllate para implorar que la divina gracia sostenga á tu pupila en esta cruel inevitable extremidad.

Volvióse Isabel hácia su amiga, quien arrodillándose llevóse á los labios la mano de su señora. La reina, empero, no se satisfizo con este saludo, por muy cordial que fuera, mas ciñendo con sus brazos el cuello de doña Beatriz, atrájola á su persona y estampóle en la frente un dulcísimo beso.

—Adios, Beatriz, adios, amiga, dijo Isabel; si la constancia ha abandonado á otros, á lo ménos siempre encuentra un santuario en tu pecho leal.

Con estas palabras separáronse la reina y la favorita, para ir cada cual en busca de su lecho, ya que no de su reposo.

CAPÍTULO XXIX.

Ahora bien, Gondarino, ¿qué hacer puedes
Para engañarnos otra vez? Te jactas
De nuevas y fantásticas neblinas,
Por las cuales la vista atravesando
Hácia el error ilusa se enderece.
¿Y con qué ardid satisfacerás de «ella»
La honra marchita á par que el propio daño?

BEAUMONT Y FLETCHER.

El día subsiguiente á la entrevista referida en el capítulo anterior fué el señalado por el cardenal Mendoza para el célebre banquete dado á Colon. Con ese motivo la mayor parte de la nobleza más distinguida de la córte se reunió á fin de honrar al almirante, quien fué recibido con una distincion poco ménos pomposa que la que comunmente se destina para obsequiar á las testas coronadas. El genovés se condujo con modestia aunque con noble talante; en todas aquellas ceremonias; y por entónces aparentaban todos el mayor regocijo al hacer justicia á su grande hazaña, simpatizando de mancomun en un suceso que dejaba muy en zaga la general expectativa. Todos los ojos parecian clavados en su persona, todos los oídos escuchaban ansiosos cualquiera sílaba que de sus labios se desprendiera, y todas las voces se alzaban en alabanza suya.

Como era de uso en semejantes ocasiones, esperaban los convidados que diese Colon alguna noticia de su viaje y descubrimientos. No era esta, sin embargo, tarea muy sencilla, pues equivaldria á ostentar hasta qué punto su propia perseverancia y valentía, así como su sagacidad y destreza, eran superiores á los conocimientos y empresas de aquel siglo. Sin embargo, desempeñó el almirante su papel con tino, pues en su relato tuvo cuidado de tocar únicamente aquellos puntos que podian acrecentar la gloria de España y el lustre de ambas coronas.

Entre los huéspedes se hallaba Luis de Bobadilla, convidado al festin en atención á su alta clase, como á la confianza y familiaridad con que era público le distinguia el almirante. Era más que suficiente su amistad con Colon para borrar las impresiones ligeramente desfavorables hácia el ilustre manco que sus liviandades causarían en el ánimo de los circunstantes, pues los más se sometían á la influencia que les participaba el ejemplo del gran marino, sin detenerse á averiguar las causas de su predileccion. La conciencia de haber hecho lo que pocos de su clase y esperanzas hubieran jamás soñado en acometer, prestaba al talante altivo y al hermoso rostro de Luis cierta seriedad y elevación que ayudaban á sostenerle en la buena opinion que á tan poca costa alcanzara. El modo con que refiriéra á Pedro Mártir y á sus comensales los sucesos de la expedicion acudia á la memoria de todos, y, sin saber exactamente por qué, comenzaba el mundo á asociarle en cierta misteriosa manera con el grandioso viaje de Occidente. Debido á estas circunstancias accidentales, hallábase á la sazón recogiendo nuestro héroe algunos frutos de su valor, aunque por un medio que nunca previera; resultado que nada tiene de extraordinario, pues los hombres reciben tan á menudo aplauso ó reprobacion por las acciones impredictadas como por aquellas de las cuales en razon y justicia se les debiera tener rígidamente como merecedores.

—¡Bebamos á la salud del caballero almirante del Océano, nombrado tal por sus altezas! gritó Luis de San Angel, alzando el vaso de modo que cuantos rodeaban la mesa presenciasen el acto. La España le adeuda su gratitud por la más atrevida y beneficosa de cuantas empresas ha visto el siglo; y creo que ningun leal vasallo de nuestros augustos soberanos vacilará en tributarle esta honra por el servicio inaudito que á la corona ha prestado.

Aceptóse el bríndis, y las gracias que con modesta cortedad dió Colon al concurso se escucharon con respetuoso silencio.

—Señor cardenal, prosiguió el recaudador de las rentas eclesiásticas, juzgo que la tarea de la Iglesia va á duplicarse de resultas de estos descubrimientos, y calculo que el número de almas que ha de rescatarse de la eterna perdicion en virtud de los medios que irán á emplearse para salvarlas, no formará parte muy pequeña de la aventura: cosa que en Roma no se olvidará tan fácilmente.

—Decis bien, honrado San Angel, contestó el cardenal, y el Padre Santo no olvidará al que ha sido instrumento de Dios, ni á aquellos que de ayuda le sirven. Los conocimientos humanos provinieron del Oriente, y ha mucho tiempo que hemos mirado adelante en busca del tiempo en que, purificados por la revelacion y por el encargo excelso que nos vino del cielo directamente, se volverían hácia el lugar de su origen; pero ahora vemos que su curso va siempre hácia Occidente, tornando al Asia por una via que hasta la época de este grandioso descubrimiento estaba oculta á los ojos humanos.

Aunque reinase tan aparente simpatía en el festin seguía sus trabajos usuales el humano corazón, y la envidia, pasión más baja aunque tal vez más común entre nosotros, corroía muchos corazones. La observacion del cardenal produjo una muestra del influjo de este vil sentimiento, que de otro modo pu-

diera haber seguido asaz solapado. Entre los comensales había un hidalgo, llamado Juan de Orbitello, quien ya no pudo oír con calma las alabanzas de aquellos á quienes solía considerar como dispensadores de eterno renombre.

—¿Y tan cierto es eso, santo cardenal, dijo el noble huésped, que Dios no hubiera dispuesto echar mano de otros medios para alcanzar este fin, si hubiesen faltado los que al intento empleara el señor D. Cristóbal? Ahora bien, ¿hemos de considerar este viaje como única via conocida en cuya virtud pudiéramos rescatar á esos paganos de la eterna condenacion?

—Nadie puede presumir, señor mio, el poner límites al poder de Dios, replicó el prelado con gravedad; ni es incumbencia del hombre poner en duda los medios empleados, ni disputar el poder que tiene para crear otros, segun le dicte su sabiduría suprema. Y ménos que todo está permitido á los seglares discutir lo que los eclesiásticos han sancionado.

—Todo eso lo admito, señor cardenal, contestó el señor Orbitello algo cortado al par que resentido del reproche indirecto que consigo llevaban las observaciones del prelado; nunca fué mi intencion ponerlo en duda. Pero, señor D. Cristóbal, quisiera me dijeseis, ¿si os considerais como agente del cielo en esta expedicion?

—Siempre, noble hidalgo, me he tenido por un indigno instrumento señalado para este grandioso fin; contestó el almirante con grave solemnidad, bien calculada para causar impresion en su auditorio. Desde el principio he sentido que este impulso provenia de origen divino, y confio humildemente que el cielo no se halle disgustado de la criatura que para llevar á cabo sus designios empleara.

—¿Y suponeis, señor almirante, que España no pudiese producir alguna otra persona tan apta como vos para ejecutar esa grande empresa, toda vez que algun grave acaso hubiera impedido vuestra navegacion ó vuestro buen suceso?

La osadía, así como la singularidad de la pregunta, produjo una pausa general en la conversacion, y no hubo cabeza que no se inclinara algo adelante en expectativa de la réplica. Permaneció callado Colon durante un minuto; luego, extendiendo la mano, tomó de un plato un huevo duro, y enseñándolo á todos los convidados, se expresó en términos muy comedidos, bien que con suma gravedad y energia.

—Señores, dijo: ¿hay aquí álguien suficientemente diestro para hacer que este huevo se sostenga sobre una de sus puntas? Si tal hombre se halla presente, le reto á que nos manifieste su habilidad.

Esa solicitud causó vivísima sorpresa; pero una docena de los convidados acometieron al instante la hazaña, con recias risotadas y gran palabrería. Mas de una vez algun noble creyó haber conseguido su fin; pero en el instante que su dedo abandonaba la coronilla del huevo, rodaba este por la mesa cual si intentara mofarse de su torpeza.

—¡Por san Lúcas, señor almirante, esta hazaña notabilísima es superior á nuestra destreza! exclamó Juan de Orbitello. Aquí está el conde de Llera que ha ensartado en su lanza á tantos moros y hasta conseguido desarzonar á

Alonso de Ojeda en un torneo, y á pesar de eso no puede meter en razon á su huevo, haciéndole obedecer las condiciones que le habeis establecido.

—Y sin embargo, dejarán de ser difíciles para él y aun para vos, señor hidalgo, luego que yo muestre el artificio.

Así hablando dió Colon un golpecito en la mesa con la coronilla de un huevo, y abollado el cascáron, tuvo ya una base para permanecer derecho y firme. Un murmullo de aplauso se siguió á este tácito sarcasmo, y el señor Orbitello se vió precisado á volverse corrido á su primitiva insignificancia, de la cual hubiera sido mejor para él no haber intentado salir jamás. En esto un paje del rey habló ciertas palabras al almirante, y en seguida pasó al asiento que ocupaba el conde de Llera.

—Cítanme con premura á la presencia de la reina, señor cardenal, observó el almirante, y espero dispenseis me retire. El negocio es de mucho peso, segun me lo da á entender la manera del mensaje, y disimulareis que deje la mesa.

Diósele la respuesta acostumbrada, y habiéndosele acompañado hasta la puerta con toda urbanidad, salióse del aposento Colon. Casi al mismo instante le siguió D. Luis de Bobadilla.

—¿A dónde vais tan de prisa, ilustre conde? preguntóle el almirante, luego que á él se llegó el mancebo. ¿Os urge tanto retiraros de un banquete que rara vez presencia España, como no sea en los palacios de sus reyes?

—¡Por Santiago! ni aun en esos tampoco, señor D. Cristóbal, dijo el doncel con alegría, si tomamos por modelo la mesa del rey Fernando. Pero tengo que dejar esta sociedad en obediencia á una órden de doña Isabel, que de súbito me ha llamado á su presencia.

—Entónces, D. Luis, juntos vamos allá, y probablemente á un mismo asunto. Yo tambien me dirijo sin pérdida de tiempo á la cámara de la reina.

—Alégrame el alma oír eso, señor; pues solo sé un asunto atento al cual pudiera enviárenos una comun cita. Esto se refiere á mi pretension, y sin duda se os llama para que deis informes acerca de mi comportamiento durante el viaje.

—En estos últimos dias, Luis, han tenido tanta ocupacion, así mi cabeza como mi tiempo, que me ha faltado ocasion para hablaros de eso. ¿Cómo se halla la señora de Valverde, y cuándo se dignará recompensar vuestra constancia y amor?

—Señor, ojalá me fuera dado responder con mayor certeza á la última de esas preguntas, y á la primera con un corazon más desahogado. Desde mi regreso, solo he visto tres veces á doña Mercedes; y aunque ella se mostrase conmigo tan tierna y sincera como siempre, mi solicitud respecto á la consumacion de mi felicidad ha encontrado en mi tia una acogida muy evasiva é indiferente. Parece qué es preciso consultar á su alteza sobre este punto; y la baraunda producida en la córte por el buen éxito de nuestro viaje, la ha traído tan ocupada, que le ha faltado lugar para distraerse con bagatelas como las que pudieran conducir á la felicidad de un aventurero como yo.

—Es muy probable, Luis, que estemos citados ambos sobre este negocio,

pues de lo contrario, ¿á qué habíamos de concurrir vos y yo á la real presencia, avisados de un modo tan insólito y repentino?

No disgustó á nuestro héroe oír esto, y entró en la habitación de la reina con paso tan ligero y tan radiosa faz, que parecía iba á unirse con su amada en los lazos del matrimonio. El gran almirante del Océano, título que ahora se daba públicamente á Colón, no tuvo que hacer muy larga antesala, y ántes de pocos minutos, él y su acompañante fuéron admitidos á la regia presencia.

Recibió Isabel privadamente á sus huéspedes, siendo las únicas personas que formaban su séquito la marquesa de Moya, Ozema y doña Mercedes. Por la primera mirada que las damas les dirigieron, conocieron Colón y Luis que había *gato encerrado*, como dice el adagio. La reina misma, aunque en verdad su semblante estuviese sereno y majestoso como siempre, ostentaba cierta niebla de disgusto en la frente, tenía los ojos turbios de tristeza y las mejillas un si es no es coloradas. Respecto á doña Beatriz, el pesar y la indignación sostenían una lucha severa en su rostro expresivo, y reparó Luis apesadumbrado que tenía los ojos apartados de él, y en la manera que siempre adoptara la noble matrona cuando había incurrido seriamente en su desagrado. Los labios de Mercedes estaban más pálidos que la muerte, aunque un subido carmin coloraba sus mejillas; sus ojos no se desclavaban del suelo, y todo su aspecto daba indicios de humillación y timidez. Tan solo á Ozema se veía perfectamente natural; sus miradas eran vivas y llenas de ansiedad, aunque sus ojos lanzaban destellos de júbilo, y hasta una ligera exclamación de deleite se le escapó de los labios al descubrir á Luis, pues no había vuelto á verle durante un mes que hacía se hallaba en Barcelona.

Adelantóse Isabel para recibir al almirante, y cuando este hizo ademán de doblar la rodilla, previno ella presurosa el acto, dándole á besar su regia mano.

—De ningún modo, de ningún modo, señor almirante, exclamó la reina; este homenaje es indebido en las personas de vuestra alta categoría y de los eminentes servicios que habeis prestado. Soberanos vuestros, somos á la par vuestros amigos. Temo que el señor cardenal no me perdone tan fácilmente las órdenes que os he enviado, al ver que le privaran de vuestra sociedad con mayor premura que hubiera podido sospecharse.

—Su eminencia y todos sus obsequiosos comensales, señora, tienen cierta cosa que cavilar en este momento, por lo cual no echarán tan de ménos mi presencia como en tiempos ordinarios, respondió Colón sonriéndose con mucha gravedad. Aun cuando así hubiera sido, tanto el conde como yo no hubiéramos vacilado un momento en dejar un banquete aun más opíparo para obedecer las órdenes de vuestra alteza.

—No lo dudo; pero quise veros esta noche sobre un asunto más bien de materia privada que de interés público. Doña Beatriz, que está presente, me ha participado la presencia en la corte y la historia de esta hermosa dama, que nos da una idea tanto más sublime de vuestros vastos descubrimientos, cuanto que me maravillo de que se me haya ocultado lo referente á ella. ¿Os es

conocida su clase, D. Cristóbal, y las circunstancias que han causado su venida á España?

—Sí, señora; todo lo sé, en parte por mis propias observaciones, y en parte por el relato de D. Luis de Bobadilla. Considero que la jerarquía de Ozema es inferior á la real y superior á la noble, todá vez que nuestras opiniones nos permitan imaginar una condicion entre una y otra; aunque siempre debemos tener presente que Haiti no es Castilla, pues aquella comarca se encuentra oscurecida por las sombrías nubes del paganismo, y esta cuenta por lumbreras la Iglesia y la civilización.

—Sin embargo, D. Cristóbal, la jerarquía es siempre jerarquía, y no sufre merma alguna por la condición en que un país se encuentre. Aunque ya haya tenido y tenga todavía á bien el cabeza de la Iglesia concedernos derechos como á príncipes cristianos sobre los caciques de la India, nada tiene el hecho de inusitado ó nuevo. La dependencia de un príncipe tributario á su señor soberano es antiquísima, y se encuentra bien garantizada, sin que falten ejemplos de monarcas poderosos que han tenido parte de sus estados sujetos á esta clase de feudos, al paso que los privilegios de otros han emanado de Dios mismo. En esta atención, siéntome dispuesta á considerar á esta dama india como á un miembro de la familia real, y he dispuesto por lo tanto que se la trate sobre este pié. Solo nos queda ahora que nos refirais los pormenores de su venida á España.

—El señor D. Luis podrá darlos á vuestra alteza con mayor exactitud que yo, pues esos sucesos le son más conocidos.

—No, señor, no; quisiera saberlos de vuestros propios labios. Ya sé la historia del conde de Llera.

Quedóse Colon á un tiempo sorprendido y apesarado, pero no vaciló en dar cumplimiento á las órdenes de la reina.

—Ha de saber vuestra alteza, señora, que la isla de Haiti tiene sus príncipes mayores y menores, prosiguió el almirante, los últimos de los cuales tributan cierto homenaje á los primeros, y les adeudan cierta sumision, como ya se ha dicho...

—Bien ves, marquesa hija, que este es un órden natural de gobierno, el cual prevalece igualmente tanto en las regiones del Este como en las occidentales.

—A la primera de estas clases, continuó el inclito genovés, pertenece Guanagari, de quien mucho he dicho ya á vuestra alteza, y á la última Mattinao, hermano de esta noble señora. D. Luis visitó al cacique Mattinao, y hallábase en su casa cuando bajó de las montañas Caonabo, famoso jefe caribe, con el objeto de que fuese su esposa la bella virgen que ahora se encuentra en la real presencia. El conde se portó cual convenia á un gallardo hidalgo castellano, derrotó á los enemigos, salvó á la señora, y la trajo en triunfo á las naves. Resolvióse entónces que la princesa visitara á España, tanto como arbitrio de dar mayor lustre al triunfo de las dos coronas, como á fin de ponerla á salvo por algún tiempo de las tentativas del caudillo caribe, quien es demasiado poderoso y guerrero para que pueda hacerle frente una raza tan pacífica como la de Mattinao.

—Eso está muy bien, señor, y ya lo he sabido; pero ¿en qué consistió que esta princesa no se presentara con los demás indios que componian vuestro séquito en el recibimiento público que hizo la ciudad?

—Manifestó D. Luis deseos de que tal no aconteciese, y yo le dí mi venia para que él y su encargada se diesen á la vela desde Palos en derechura con la esperanza de volver á juntarnos en Barcelona. Uno y otro juzgámos á la señora Ozema demasiado superior á sus compañeros, para que fuese decoroso presentarla á los ojos del vulgo en un alarde de esta naturaleza.

—No faltó finura en la determinacion, aun cuándo hubiese poquísima prudencia en determinarla, observó la reina con algun desabrimiento. Ya Ozema habia pasado algunas semanas bajo la tutela de D. Luis.

—Tiene razon vuestra alteza; pero la ilustre jóven ha sido puesta bajo la salvaguardia de la señora marquesa de Moya.

—¿Y ha sido este un paso muy discreto; D. Cristóbal, ó tan prudente que á él debierais haber accedido?

—¡Señora! exclamó Luis, incapaz por más tiempo de contener sus sensaciones.

—¡Silencio, jóven! mandó Isabel; no tardaré en interrogaros, y habréis menester toda vuestra agudeza para responder como conviene. ¿Y esta indiscrecion no la vitupera vuestro prudente juicio, señor almirante?

—Esta pregunta, señora, es para mí tan extraña como sus motivos; tengo la más implícita confianza en el honor del conde; además, me consta que hace tiempo dió su corazon á la más hermosa y digna doncella de España; amen de que he estado tan absorto en los graves asuntos referentes á los intereses de vuestra alteza, que poco lugar me ha quedado para ocuparme en cosas de menor importancia.

—Bien os creo, señor, y ya teneis asegurada mi indulgencia. Sin embargo, para un sugeto tan experto fué sin duda una triste indiscrecion confiar en la fidelidad del corazon de un doncel tan liviano como veleidoso. Y ahora, conde de Llera, tengo que deciros lo que difícilmente contestar podréis. ¿Dais por cierto cuánto hasta ahora se ha dicho?

—Todo es la pura verdad, excelsa ama mia. D. Cristóbal no puede equivocarse, aun cuando capaz fuese de semejante debilidad. Creo que mi casa no ha sido notable en España por sus caballeros indignos ni desleales.

—Hasta ese punto estamos de acuerdo. Si vuestra casa ha tenido el infortunio de producir un corazon falso y perverso, á lo ménos suya es la gloria, dijo la reina mirando de soslayo á su amiga, de dar nacimiento á otras personas que igualar pueden en constancia á las almas más heróicas de los pasados tiempos. El lustre que condecora el nombre de Bobadilla no depende precisamente de la fidelidad y veraces juramentos del que hoy se considera como cabeza de su solar; pero... servíos escucharme, señor, y no habéis sino cuando os sintais preparado á responder á mis preguntas. ¿Es cierto que en estos dias últimos os hayan inclinado vuestras ideas hácia el santo matrimonio?

—Señora, tal confieso. ¿Es alguna falta pensar en lo que es consecuencia hon-

rosa de un amor nacido há tanto tiempo, de un amor que yo confiaba ver pronto coronado por vuestra aprobacion?

—Sucede lo que me temia, Beatriz, exclamó la reina; este sér amable é inculto ha sido engañado por un falso casamiento, pues ningun vasallo de Castilla osaria hablar de matrimonio en mi presencia, á estar unido con otra mujer por lazos legítimos. Ni así insultaria á la Iglesia y al trono el hombre más perdido de España.

—Vuestra alteza me habla con demasiada crueldad, aunque en enigmas. ¿Me dais la libertad de preguntaros si aludís á mí en tan severas observaciones?

—¿De quién sino hablaríamos, y á quién pudieran aludir mis palabras? Vuestra conciencia debe haceros sentir la justicia de mis reproches, perverso mozo; y sin embargo os atreveis á erguir la frente en presencia de vuestra soberana; aun más todavía, á mirar con rostro de bronce á esa jóven sencilla, y á presentaros á ella con un semblante tan sereno cual si sostuviese su calma la inocencia más pura.

—Señora, no soy ningun ángel, por muy dispuesto que me sienta á creer que doña Mercedes tenga un justo título á serlo; tampoco soy un santo dotado de perfecta pureza; en fin, señora, soy D. Luis de Bobadilla, tan distante de merecer estos reproches como de ser acreedor á la palma del martirio. Permittedme, señora, pregunte con toda humildad, ¿qué falta he cometido?

—La muy sencilla de que habeis engañado cruelmente, con vana palabra de casamiento, á esta inculta y sencilla princesa india, ó con inaudita insolencia manifestado un deseo de desposaros con otra mujer, hollando los votos que en favor de otra pronunciásteis al pié del ara santa. Vos sabeis de cuál de estos dos crímenes sois culpable.

—¿Y vos tambien, tia.... y tú, Mercedes, tú tambien me has creído capaz de cosa semejante?

—¡Recéleme que sea demasiado cierto! contestó la marquesa con frialdad; las pruebas están patentes á tal punto, que solo un infiel pudiera negarles crédito.

—¡Mercedes!

—No, Luis, respondió la generosa castellana con un entusiasmo y sentimiento que echó al suelo las barreras de toda restriccion convencional. No te juzgo tan bajo; solo te considero incapaz de contener tus inclinaciones. Conozco mucho tu corazon y tu honor para suponer en tí otra cosa que cierta debilidad á la cual no hubieras cedido á poder señorearla.

—¡Lodo sea Dios y su Madre Santísima! exclamó el conde, quien apenas osara respirar mientras hablaba Mercedes. Todo puede sobrellevarse ménos la idea de que me supusieras capaz de una baja.

—Preciso es poner término á esto, Beatriz, dijo la reina, y el medio más sencillo para conseguirlo es que procedamos sin demora á la prueba de los hechos. Venid acá, Ozema, y vuestro testimonio decida este asunto.

La jóven india, quien ya comprendia el castellano mucho mejor de lo que

podía expresarse en el mismo idioma, aunque estuviese muy distante de tener un concepto exacto de lo que se decía, obedeció al punto, pues toda su alma se hallaba absorta en lo que estaba pasando, mientras hacía vanos esfuerzos para comprenderlo á fondo. Solo Mercedes había notado lo que acontecía en el interior de la extranjera, en virtud de que se lo revelaran los cambios de su fisonomía, mientras Isabel emitía sus reproches y Luis sus protestas; siendo tales los signos que se aparecían en el semblante de la haitiana, que era imposible desconocer en ellos cuan grande fuese el interés que por nuestro héroe se tomaba.

—¡Ozema! prosiguió la reina hablando despacio y con claridad á fin de que la preguntada pudiese entender el significado de sus expresiones.

Decidme, ¿estais casada, ó no, con D. Luis de Bobadilla?

—Ozema, esposa de Luis, contestó la jóven riéndose y ruborizándose, Luis esposo de Ozema.

—Esto está tan claro como hacerlo pueden las palabras más decisivas, don Cristóbal; y no sube á más de lo que ya está mujer me ha repetido veces mil, obligada por mis preguntas tan frecuentes como ansiosas.

—¿Cómo y cuándo, princesa, se casó con vos D. Luis?

—Luis casó Ozema con religion, con religion español. Ozema casó Luis con amor y deber... con manera de Haití.

—Señora; dijo el almirante, esto es muy extraordinario, y de buena gana quisiera investigarlo yo. ¿Me da licencia vuestra alteza para que lo investigue?

—Haced como gustéis, señor, repuso la reina con visible frialdad. Yo estoy convencida, y atañe á mi justicia obrar sin demora.

—Conde de Llera, preguntó Colon gravemente á su amigo, ¿admitís ó negáis que sois esposo de Ozema?

—Señor almirante, niego el cargo rotundamente. Ni yo con ella me he casado, ni el pensamiento de hacer tal cosa, como no fuese con Mercedes, se me ha ocurrido jamás.

El mancebo dijo esto con premura y con la abierta franqueza que formaba un encanto principal en sus maneras.

—¿No la habeis agraviado, ni dádola derecho para imaginarse que el matrimonio era vuestra mira más santa?

—No, y mil veces no. Mi propia hermana no la hubiera respetado yo más que de mí respetada ha sido Ozema, como bien puede verse por el hecho de haberla puesto bajo la salvaguardia de mi querida tía y en la compañía de doña Mercedes.

—Eso parece muy razonable, señora, dijo Colon; pues el hombre respeta á tal grado la virtud en vuestro sexo, que está remiso en ofenderla, aun en medio de sus mayores liviandades.

—En oposicion á estas protestas y á tal flujo de virtudes sublimes, seor Colon, tenemos el sencillo testimonio de una mujer poco avezada al disimulo, el de una alma demasiado inocente para que en ella pueda haber engaño, y la cual por rango tiene derechos á unas esperanzas que harian semejante fraude tan innecesario como indigno sería. Beatriz, cuento con tu apoyo, y

estoy segura de que no podrás hallar disculpa en pró de este desleal caballero, aunque en algun tiempo haya sido prez y honra de tu corazon.

—Señora, á eso no me es dado contestar afirmativamente. Cualesquiera que hayan sido los deslices del mancebo, y bien sabe el cielo que no es corto su número, el engaño ni la falta de veracidad entraron nunca en la suma de ellos. Aun he achacado el modo con que ha puesto á mi cuidado la custodia de esta princesa á los impulsos de un corazon que no tenia por objeto disimular los errores de su cabeza, y en la esperanza de que la presencia de la jóven protegida me diese más pronto el conocimiento de la verdad. Quisiera que se interrogara más á mi ilustre huésped, á fin de cerciorarnos de si alguna extraña ilusion se ha apoderado de sus sentidos.

—Es muy justo, observó Isabel, cuyo amor á la justicia siempre la encaminara á profundizar los méritos de todo asunto sujeto á su decision. De sus resultas dependen los destinos de un grande de España, y razonable es que se le conceda campo libre para que le sea dable vindicarse de tan indecorosa acusacion. Señor conde, podeis interrogarla en nuestra presencia.

—Señora, mal estaria á un caballero entrar en liza con una señora, mayormente perteneciendo esta á la clase de la extranjera que en presencia de vuestra alteza se halla, contestó D. Luis con altivez, mientras al expresarse de este modo se le subia la sangre á las mejillas, conociendo que á Ozema le era imposible ocultar su inclinacion hácia él. Si se hace necesario tal deber, el cumplirlo sentaria mejor á cualquiera otra persona que á D. Luis de Bobadilla.

—Como que la incumbencia de castigar ha de caer sobre mí, observó con calma la reina, tomaré á mi cargo tan desagradable tarea. Señor almirante, no nos es dado esquivar cualquiera obligacion que nos allega al mayor atributo de Dios, á la justicia. Princesa, nos habeis dicho que con vos se ha casado D. Luis, y que os considerais como su esposa legítima. ¿Dónde y cuándo os unisteis con el conde en presencia de un sacerdote?

Tantas tentativas se habian hecho para convertir á Ozema á la religion cristiana, que á la princesa de Haiti se la veia más familiarizada con los términos conexos con los dogmas religiosos, que con ninguna otra parte del idioma castellano, aunque ofreciesen á su mente una confusa pintura de obligaciones imaginarias y de cualidades místicas. Semejante á cuantos no son adictos á las abstracciones, su piedad estaba más en relacion con las formas que con los principios, y mejor dispuesta se hallaba la virgen de los bosques á admitir la virtud de las ceremonias eclesiásticas que la importancia de su fe. Así es que habiendo comprendido la pregunta de la reina, contestóla sin doblez y sin ninguna intencion de engañar.

—Luis casó Ozema con cruz de cristiano, dijo la jóven apretando contra su seno el emblema santo que el mancebo la diera en un momento de peligro, y del modo que ya saben nuestros lectores. Luis pensar iba á morir, Ozema pensar iba á morir; ambos desear ser esposos, y Luis casar con cruz, como buenos españoles cristianos; Ozema casó Luis en su corazon, como haitiana en su tierra.

—Aquí existe alguna equivocacion, algun triste error, que nace de la diferencia de idioma y de costumbres, observó el almirante. D. Luis no ha sido culpable de semejante engaño. Yo presencié el ofrecimiento de esa cruz, el cual se hizo en la mar durante los horrores de una borrasca, y de modo que me diera del señor conde el concepto más alto, pues le ví olvidar su propio peligro á fin de interesarse por un alma ofuscada completamente con las tinieblas de la idolatría. Allí no hubo nada de casamiento; y nadie, á no ser que por mera ignorancia equivocase nuestros usos, imaginarse pudiera que habia pasado otra cosa que la de dar, en tan extremo peligro, y con el solo fin de que pudiera serle útil, esa reliquia sagrada á una persona que todavía no hubiera disfrutado de las ventajas del bautismo ni de los buenos oficios de la madre Iglesia.

—D. Luis, ¿confirmais esta declaracion, y no teneis inconveniente en jurar, que solo con este fin presentasteis la cruz á la princesa? preguntó Isabel al conde.

—Señora, no es mas que la verdad. Mirábamos la muerte de hito en hito, y yo conocia que esta infeliz expatriada, la cual se habia puesto bajo mi proteccion con la sencilla confianza de un párvulo inocente, necesitaba algun consuelo; y nada en tan tremendo instante me pareció tan á propósito como ese recuerdo del Salvador, enseña de nuestra redencion. Figuróseme á lo ménos que despues del bautismo era el áncora de su salvacion.

—¿Os habeis presentado alguna vez con esta jóven delante de un sacerdote, ó abusado por medio alguno de su simplicidad?

—Señora y reina mía, el engaño en mi pecho no cabe, y confesaros he mis debilidades todas, en cuanto referencia tienen á esta princesa indiana. Su belleza y sus maneras seductoras hablan por sí mismas así como su semejanza con doña Mercedes de Castilla. Esta última circunstancia me aficionó grandemente á ella, y si mi corazón no hubiera ya pertenecido á otra, orgullo mio fuera el nombrar á Ozema esposa mía. Mas para eso nos vimos tarde, y hasta la semejanza me condujo á hacer comparaciones en las cuales una mujer criada en la ignorancia y en el paganismo justo era que llevase la desventaja. No niego que hácia Ozema me han inclinado algunos momentos de ternura; pero que estos hayan podido suplantar el amor que á Mercedes profeso, niégolo. Si tengo que acusarme de alguna falta respecto á Ozema, consiste en que no siempre me ha sido dable reprimir las sensaciones que su similitud con doña Mercedes y su ingénua sencillez, más especialmente lo primero, produjera en mi corazón. Fuera de eso, nunca, nunca, ni en palabra ni en obra he ofendido al ídolo de mi adoracion.

—Esos, Beatriz, son los acentos de la verdad y de la rectitud. Tú conoces al conde mejor que yo, y más fácil te es asegurar hasta qué punto podemos creer en estas explicaciones.

—Con mi vida, querida ama, respondo de su veracidad. Luis nada tiene de hipócrita, y me regocijo (¡oh! ¡y hasta qué grado me regocijo!) al hallarle capaz de ofreceros esta hermosa vindicacion de su conducta. Ozema, que ha oido hablar de nuestras ceremonias matrimoniales y ha visto con cuanta devocion

acatamos la cruz, ha equivocado su posición, así como también los sentimientos de mi sobrino, suponiéndose esposa cuando una joven cristiana no hubiera padecido engaño tan cruel.

—Esta probabilidad, señores, es harto plausible, dijo la reina, expresándose con toda la susceptibilidad sensible propia de su sexo, por no decir de sus derechos. Este asunto hiere la delicadeza de una dama, de una princesa, y es decoroso que toda investigación ulterior solo tenga lugar entre hembras, al paso que confío en vuestro honor de nobles y caballeros para que cuanto se ha dicho esta noche jamás se repita entre las conversaciones familiares de los hombres. Yo me constituyo tutora y guarda de la princesa Ozema; y vos, conde de Llera, sabréis mañana mi decisión respecto á vuestras pretensiones con doña Mercedes.

Como esto se dijo con toda dignidad regia á par que femenil, ninguno de los presentes se atrevió á vacilar, y haciendo el acatamiento de costumbre, Colon y nuestro héroe se salieron del cuarto. Muy avanzada se hallaba la noche cuando la reina se separó de Ozema después de una entrevista de cuyas escenas vamos á ocuparnos.

CAPÍTULO XXX.



Mientras se hundía la pálida criatura,
Sin que una mano su favor prestara,
Ví que tu seno la piedad hinchara,
Cual pechera de cisne, blanca y pura
Que sobre el agua en gracias mil se eleva,
Y por eso te adoro, Genoveva.

COLERIDGE.

Cuando la reina se halló á solas con Ozema y Mercedes, pues quiso que estuviera presente esta última, comenzó á deslindar el asunto del casamiento con la ternura de un alma sensible y delicada, al mismo tiempo que una sinceridad que hacía imposible todo futuro error. Las resultas demostraron cuán natural y cruelmente se había equivocado la joven beldad haitiana. Ardorosa, confiante, y acostumbrada á que se la tuviese por objeto de admiración general entre los suyos, habíase imaginado Ozema que sus inclinaciones hallaran correspondencia en las del mancebo castellano. Desde el momento de verse por primera vez, con el penetrante instinto privativo de su sexo, conoció la joven que la habían admirado, y al ceder á sus propios sentimientos, fué casi una

necesaria consecuencia de sus relaciones con D. Luis el creerse igualmente amada. La misma falta de expresarse en voces inteligibles, obligando á sustituirlas con miradas y ademanes, contribuyera al error; y debemos acordarnos que la constancia de nuestro héroe no padeció vaiven ninguno, aunque se había sujetado á pruebas asaz severas. La falsa interpretacion de la palabra Mercedes había aumentado sobremanera la ilusion que llegó á su colmo en virtud de la terneza varonil y del esmero con que la trataba Luis en todas ocasiones. Hasta el rígido decoro observado invariablemente por el de Llera, y el estricto respeto personal que hacía su protegida mantuviera, hicieron tambien su efecto en las sensaciones de la jóven inculca; pues aunque tosca y sin luces como había sido su crianza, el instinto profundo que caracteriza al sexo débil la daba á conocer tambien la índole del poder que siempre ejerce sobre el sexo fuerte. Agréguese á esto los esfuerzos que se hacían á fin de imbuirle algunas ideas de religion, y los hondos y lamentables errores que, imperfectamente explicados, y aun peor comprendidos, á causa de sus sutilezas, se grababan en su ternísima alma. Creía Ozema que los españoles adoraban materialmente la cruz. Vefala en todas las ceremonias públicas, notaba que de rodillas la veneraban, y que en apariencia se la invocaba en todas las ocasiones que exigían compromisos más solemnes que de ordinario. La gente de mar la contemplaba con reverencia, y el almirante mismo había erigido una como signo de su derecho sobre el territorio que le fuera cedido por Guacanagari. En una palabra, figurábase que era la cruz una prenda establecida para garantizar el fiel cumplimiento de todos los contratos. Con frecuencia había ella visto y admirado la preciosa alhaja que en forma de cruz engalanaba el cuello de nuestro héroe, y como la costumbre de su país requiriera un trueque de prendas de valor, como prueba de afianzamiento matrimonial, imaginóse al recibir aquella tan codiciada joya que la entregaban un signo de que Luis la tomaba por esposa, en el instante que la muerte iba tal vez para siempre á separarlos. Fuera de esto, ni su sencillez ni sus afectos la inducian á raciocinar ni á creer otra cosa tocante á la cruz.

Pasóse una hora ántes que pudiese Isabel saber de Ozema todos estos hechos, aunque no fuese la intencion de la jóven india ocultar un ápice de cuanto sintiera; y en verdad, tampoco tenía que ocultar cosa alguna. Aun quedaba por desempeñarse la parte más dolorosa de la mision. Tratábase de una jóven sincera y sencilla, á quien era preciso desengañar, dando á su corazon lecciones de insufrible amargura. Sin embargo, creyendo la reina preferible disipar de una vez toda ilusion sobre este particular, consiguió por fin dar á entender á Ozema, que ántes que el conde la hubiese visto á ella, habíanse depositado sus afectos en Mercedes, quien era en verdad su esposa legítima. Nada puede haber más tierno y blando que el modo con que la reina habló á la heldad indiana; pero el golpe fué profundo, é Isabel se espantó de lo que acababa de hacer. No había previsto tal explosion de sensibilidad en un alma tan completamente inculca, y la imágen de lo que había presenciado turbó su sueño durante muchas noches.

Respecto á Colon y á nuestro héroe, quedáronse completamente á oscuras

durante la siguiente semana. Verdad es que Luis recibió de su tía una esquila muy satisfactoria al día siguiente de su entrevista con la reina, y que un paje de Mercedes con el mayor sigilo le puso en las manos la cruz que por tanto tiempo había engalanado su garganta; pero á excepcion de estas dos ocurrencias, vióse el mancebo reducido á sus propias conjeturas. Sin embargo, no tardó en llegar el momento de las explicaciones, y recibió el conde de Llera un aviso para que se presentase en el cuarto de la marquesa de Moya.

Al llegar al salon, contra lo que esperaba no halló D. Luis á su tía ni á otra persona alguna. Preguntando al paje que le había servido de ujier, recibió por respuesta que aguardase allí hasta que se le presentara una persona que iba á recibirle. No era la paciencia por cierto la virtud demasiado sobresaliente en el carácter de nuestro héroe, quien se paseó por la estancia un buen rato ántes de que se le insinuase que había quien de su visita se acordaba. Al ir cabalmente á llamar á alguién de la servidumbre con el objeto de que pasase un nuevo recado, abrióse con lentitud la puerta, y se le presentó Mercedes.

La primera ojeada que dirigió el doncel á su novia le dió á conocer que una profunda ansiedad la traía mal parada. La mano que ansioso levantó el conde á sus labios estaba trémula, y el color en las mejillas de la vírgen iba y venía, de modo suficiente para mostrar que se hallaba próxima á desfallecer. Sin embargo, rehusó el vaso de agua que D. Luis la ofreció, desechándolo con desmayada sonrisa; y haciendo seña á su amante para que tomase una silla, ocupó ella con serenidad un escaño, asiento humilde del cual acostumbrara servirse en presencia de la reina.

—He solicitado esta entrevista, D. Luis, comenzó Mercedes tan luego como hubo tomado tiempo para dominar sus sensaciones, á fin de que en adelante no tengamos motivos para equivocar nuestros sentimientos y deseos. Sospechábase que habiais contraído matrimonio con la princesa Ozema, y un momento hubo en que estuvisteis al borde de la perdicion, por el enojo de doña Isabel.

—Pero, Mercedes bendita, tú á lo ménos jamás me imputaste ese acto de engaño y de infidelidad.

—Os hablé con todas las veras de mi alma, señor conde, pues os conocía mucho para sospecharlo. Estaba segura de que cuando Luis de Bobadilla se resolviera á dar un paso semejante, también tendría la entereza y el valor de confesarlo sin vacilamiento. Nunca yo ni por un instante creí que os habiais casado con la princesa.

—¿A qué vienen pues esas miradas tan frias? ¿Por qué esos ojos buscan el suelo en vez de acudir gozosos al encuentro de unas ojeadas en las cuales se deleita el amor? ¿Qué significan esas maneras, que si bien no manifiestan un odio decidido, dan á entender cierta reserva que entre nosotros jamás hubiera yo supuesto que pudiesen existir?

Mudó de color Mercedes y permaneció callada por espacio de un minuto, durante cuyo corto intervalo parecióle dudoso poder llevar á cabo su propio designio. No obstante, armándose de valor, continuó el coloquio en los mismos términos que ántes.

—Escuchadme, D. Luis, prosiguió la beldad castellana, porque mi historia será breve. Cuando impulsado por mí dejasteis España con el objeto de emprender ese grandioso viaje, mucho era el amor que me teniais, y de tan grato recuerdo no habrá poder sobre la tierra que consiga privarme. Sí, entonces *me* amabais y *á mí* tan solo. Nos despedimos despues de un trueque de mútua fe; y no pasó un día, durante vuestra ausencia, sin que no se me fuesen horas enteras puesta de rodillas, rogando al cielo favoreciera al almirante y á sus valientes compañeros.

—¡Amadísima Mercedes! no es extraño que la buena suerte haya coronado nuestros esfuerzos, pues las preces de tal intercesora no pudieron ménos de ser atendidas.

—Os suplico, señor, que me escuchéis. Hasta el día portentoso que trajo nuevas de vuestro regreso, ninguna esposa castellana pudo sentir mayor interés por el hombre en quien toda su esperanza cifrase, del que por vos sentí. A mis ojos presentábase un porvenir brillante, aun cuando ofuscarse lo presente una niebla de temor y duda. El mensajero que vino de batidor á la córte, fué quien me hizo abrir los ojos para ilustrarme acerca de las tristes realidades del mundo, y enseñóme la dura leccion que la mocedad siempre aprende con lentitud, quiero decir, la del desengaño. Entónces fué cuando primero oí hablar de Ozema, de lo mucho que su beldad admirabais, y de vuestra prontitud en sacrificar vuestra vida por favorecerla.

—¡San Lúcas bendito! ¡Qué! ¿se atrevió el helitre de Sancho á herir tus oídos, Mercedes, con insinuacion alguna que lastimase la fuerza ni la constancia del amor que te profeso?

—Nada ha referido que verdad no fuese, Luis, y no le vituperes por lo tanto. Preparada me hallaba á algun contratiempo de resultas de su relacion, y agradezco á Dios, que vino sobre mí por tan lentos grados, que me dió el tiempo suficiente de preparacion para oirlo. Luego que ví á Ozema dejé de extrañar la mudanza de tus sentimientos, y apénas reprochártela pude. A su hermosura, creo, que pudieras haberte resistido; pero la adhesion sincera que te profesa, su candidez, su atractivo abandono, y su modesta jovialidad y carácter son suficientes para que un amante olvide á una doncella española.

—¡Mercedes!

—No, Luis, os he dicho que no os culpo. Más vale que haya caido sobre mí este golpe ahora que cuando no hubiera sido capaz de resistirlo. Cierta cosa me dice que como mujer legítima vuestra hubiera yo sucumbido al peso de un afecto marchito; ahora, empero, me queda abierto el claustro, y á mi alcance los esponsorios con el hijo de Dios. No me interrumpais, Luis, añadió la hermosa vírgen, sonriéndose dulcemente, pero con un esfuerzo que denotaba cuán difícil la era aparentar serenidad. Dura lucha me cuesta el proferir una palabra, y respecto á argüir conozco mi total impotencia. No habeis sido capaz de refrenar vuestros afectos ni de resistir las extrañas novedades que á Ozema han circuido, como tampoco su hechicera ingenuidad; á esto debo yo mi pérdida; á esto debe ella su ganancia. Es la voluntad del Altísimo, y procuro convencerme que ha de redundar en eterna ventaja mia. Si en efecto

me hubiese casado contigo, la ternura que aun ahora está rebosando en mi pecho, pues no pretendo ocultarla, se hubiera henchido hasta el punto de suplantarlo el amor que á mi Dios le debo; así, más vale que hayan tenido las cosas este desenlace. Si en este mundo no he de ser dichosa, me aseguraré en el otro una felicidad eterna; mas no perderé toda mi ventura en la tierra, pues podré rogar por vos como por mí, y de todos los seres de este mundo, vos y Ozema seréis siempre los primeros en mi memoria.

—Esto es maravilloso, Mercedes... tan cruel, tan intempestivo é injusto, que apenas puedo creer á mis propios oídos.

—Ya os he dicho que la culpa no es vuestra. La hermosura y franqueza de Ozema son más que suficientes para justificaros; porque los hombres ceden á los sentidos, más bien que al corazón, en materia de amores. Luego—aquí Mercedes se encendió en vivo carmin—una doncella haitiense puede valerse de un poderío que le estaría mal á una damisela cristiana. Y ahora llegaremos á unos hechos que exigen pronta decision. Ozema ha estado mala... está mala... de grave peligro segun creen su alteza y mi tutora, y segun lo afirman los facultativos; pero en vuestro poder está, D. Luis, arrancarla del sepulcro. Pasad á verla... decid la palabra que asegure su dicha... decidla si todavía no os habeis casado con ella segun la costumbre de España, que lo haréis ahora... y aun más, haced que uno de los sacerdotes que la asisten constantemente á fin de prepararla para recibir el santo bautismo, verifique la ceremonia esta mañana mismo, y no tardaremos en ver á la princesa jovial y risueña que se ostentara cuando por primera vez bajo nuestro cuidado la pusisteis.

—¿Y eso me dices á mí, Mercedes, con calma y deliberacion, cual si tus palabras expresasen tus deseos y sentimientos?

—Con *calma* puedo pareceros que lo digo, Luis, contestó nuestra heroína en tono ahogado, y con *deliberacion* sí que lo pronuncio. Casaros conmigo, mientras preferis á otra, no puede ser. ¿Por qué pues no seguís el impulso de vuestra alma? El dote de la princesa no será pequeño, pues una hija del claustro poco oro necesita, y para nada la hacen falta las riquezas.

Fijó Luis los enternecidos ojos en la entusiasta doncella, la que ahora se presentó á su vista aun más amable; en seguida levantándose, anduvo por la habitacion durante algunos tres ó cuatro minutos, cual si quisiese domeñar á fuerza de accion fisica la agonía mental. Luego que hubo conseguido sosegar-se un poco, volvió á su silla, y tomando cariñoso la mano que Mercedes sin resistencia le abandonara, replicó á la propuesta extraordinaria de la jóven.

—El velar tanto á la cabecera de tu enferma amiga, y la cavilacion continua sobre esta materia, te han trastornado un si es no es los sentidos. Ozema no tiene cabida en mi corazón por el medio que piensas, ni tuvo jamás otra en él que pasase de una inclinacion efimera.

—¡Ah Luis! ¡inclinaciones efimeras! Tales, prosiguió la doncella apretándose el corazón con ambas manos, nunca tuvieron cabida aquí.

—Tu educacion y la mía, Mercedes, tus costumbres y las mías... aun más tu naturaleza y los elementos más toscos de la mía, no son ni pueden ser igua-

les. Si lo fueran no te idolatrara yo tanto como ahora. Si no existieras, la certeza de casarme con Ozema no labraria mi dicha. Mas existiendo tú, y amándole como te amo, tal unión me acarrearía una desventura insoportable á pesar de mi natural ligereza. Bajo ningun título puedo ser jamás esposo de la india.

Aunque un destello de contento iluminó el rostro de doña Mercedes por un instante, sus elevados principios y sus purísimas intenciones suprimieron en breve aquel momentáneo é involuntario triunfo, y hasta con tono de reproche emitió ella su respuesta.

—¿Sois justo con Ozema? ¿No han abusado de su simplicidad esas inclinaciones efimeras? ¿No exige el honor que vuestros actos rediman ahora las prendas que cuando ménos ha dado vuestra irreflexion?

—¡Mercedes... prenda amada... escúchame! Has de saber que no obstante todas mis ligerezas y deslices, nada tengo de fátuo. Jamás mi irreflexion ha dicho una sílaba que mi corazon no confirmara, y nunca este corazon se ha inclinado á otro objeto que á tí. En esto consiste la gran distincion que establezco entre tí misma y las demás de tu sexo. No es la de Ozema la única forma, no son los suyos los solos encantos que puedan haber atraído de mis ojos una mirada tierna, ó arrancado de ellos alguna muestra de admiracion tan insignificante como exenta de malicia; tú, amor mio, tienes aquí dentro tu santuario, y ya te contemplo como formando parte de mí mismo. Si supieras cuántas veces tu imágen ha sido para mí una amonestadora aun más fuerte que la conciencia; en cuántas ocasiones el recuerdo de tus virtudes y afectos han vencido cuando hasta la idea del deber, de la religion, y las lecciones de mis dias pueriles habian sido olvidadas; comprenderias la diferencia que hay entre el amor que te profeso y esas que en befa has repetido como inclinaciones efimeras.

—Luis, yo no debia escuchar esas seductoras palabras que provienen de una bondad de corazon que solo me ahorraria un dolor actual para hacer al fin más profundos mis quebrantos. Si tus afectos nunca padecieron mudanza ¿por qué la cruz que por despedida te dí pasó de tus manos á poder de otra persona?

—Mercedes, tú ignoras las tremendas circunstancias en que nos hallábamnos cuando me deshice de la cruz. Mirábamos de hito en hito la muerte, y yo dí la bendita alhaja como un símbolo que pudiese ayudar á un alma pagana en su último apuro. Que aquella dádiva, ó más bien lo que presté por unos momentos, se equivocó por una prenda matrimonial, es un desgraciado error que tu conocimiento de los usos cristianos te dirá no estaba á mis alcances prever; de lo contrario, ahora pudiera yo reclamarte como á esposa mia, en atencion á que tú fuiste quien primero me la diste.

—Ah Luis, cuando te dí aquella cruz quise entendieras que te garantizaba mi fe para siempre.

—Y cuando me la devolviste esta semana ¿qué deseabas darme á entender?

—Te la remití, Luis, en un instante de esperanza renaciente, y en obediencia á una orden de la reina. Su alteza es ahora tu amiga firme, y todo su an-

helo es vernos unidos, pero lo impide la triste condicion en que Ozema se halla, á quien todo se le ha explicado; todo, segun me temo, excepto el verdadero estado de tus sentimientos respecto á entrambas.

—¡Doncella cruel! ¿Será cosa de que jamás se me crea, de que nunca vuelva yo á ser feliz? Júrote, queridísima Mercedes, que tú sola eres dueña absoluta de mi corazon; que en tu compañía contentariame de vivir en una choza, y que sin tí fuera desgraciado sobre un trono. Bien podrás creer esto cuando me veas hecho un infeliz vagando por la tierra, indiferente tanto á los objetos cuanto á las esperanzas, tal vez despreciando mi opinion misma, quizás porque solo en tus manos estuviera hacerme y conservarme el hombre que ser deberia. Acuérdate, Mercedes, de la influencia que te es dado tener, que tener debes, que tendrás sobre un jóven de mi temperamento y pasiones. Há tiempo que te he considerado como á mi ángel tutelar, como á un genio que á sus antojos puede amoldarme, y hacerme subir cuando caen otros. Contigo, si exceptuás la impaciencia que tus dudas originan, ¿no soy siempre tratable y dócil? ¿Has visto que doña Beatriz me cobrase el diezmo siquiera del poder que sobre mí ejerce, y has dejado tú alguna vez de domar mis más violentos arrebatos?

—¡Luis, Luis, nadie que lo haya conocido ha dudado nunca de tu corazon!

Detúvose Mercedes mientras el trastorno de su faz probaba que la enérgica sinceridad de su amante casi habia desvanecido sus dudas respecto á su constancia. Sin embargo, retornaban sus pensamientos á las escenas del viaje y al lecho de dolor de Ozema. Despues de una pausa que duró un minuto, prosiguió la jóven en tono quedo y tímido:

—No negaré cuanto solaza mi corazon el oír semejante lenguaje, que mucho me temo he escuchado con demasiada prontitud. Sin embargo, difícil encuentro creer que puedas olvidar nunca á quien arrojó la muerte para cubrir tu cuerpo contra las saetas de los enemigos.

—Mercedes, tú en lugar de Ozema habrias hecho otro tanto, y así he de considerarlo siempre.

—El deseo lo tendria, Luis, prosiguió la jóven con los ojos bañados en lágrimas, pero quizás me faltara el valor.

—Lo harias... lo harias... te conozco demasiado para dudarlo.

—Si pecado no fuese, envidiaria á Ozema. Temó que pienses en eso cuando seas indiferente á los atractivos que hayan perdido su novedad.

—Tú lo harias, y mucho mejor. Ozema se expuso en querella propia, mientras tú lo hubieras hecho por mi sola causa.

Volvió á enmudecer Mercedes y pareció reflexionar profundamente. Hábiense iluminado los ojos con las halagüeñas aseveraciones de su amador, y á despecho de la generosidad con que habia resuelto sacrificar sus propias esperanzas á lo que ella se imaginara hubiera hecho feliz á su amante, la influencia seductora del afecto correspondido iba á toda prisa readquiriendo su poder.

—Ven conmigo, Luis, para ver á Ozema, continuó ella por fin. Luego que la veas en su estado presente, entenderás mejor tus propias intenciones. No

debi haberte permitido que hicieses resucitar tus antiguos sentimientos, en una entrevista privada sin que Ozema se hallase presente; eso sería equivalente á decidir en juicio sin oír más que á una de las partes. Y Luis,—aquí su rubor acrecentado, efecto del sentimiento, no de la vergüenza, puso á la jóven en extremo bella—si hallases motivo para mudar de lenguaje despues de tu visita á la princesa, por muy duro que sufrirlo me sea, puedes estar seguro de mi perdon por cuanto ha pasado, así como tambien de mis oraciones...

Hondos sollozos interrumpieron á Mercedes, quien se detuvo un instante para enjugarse las lágrimas, rechazando la tentativa de Luis para estrecharla en sus brazos á fin de consolarla, más por delicadeza que por resentimiento, celoso sobre el resultado de la entrevista que iba á celebrarse. Luego que se hubo secado los ojos y hecho desaparecer los demás indicios de su agitación, acompañó al mozo á las habitaciones de Ozema, donde se esperaba la presencia del mismo.

Sorprendióse Luis al entrar en el cuarto, algo por hallarse en presencia de la reina y del almirante, y más al advertir los estragos que el pesar habia hecho en las formas de Ozema. Cubria el rostro de la jóven india una mortal palidez; lanzaban sus ojos un brillo que parecia sobrenatural; y á pesar de eso estaba tan debilitada que era preciso se recostase sobre cojines. Escapósele una exclamacion de gozo luego que vió á nuestro héroe, y en seguida tapóse la cara con las manos, en confusion infantil, cual si se avergonzase de mostrar su alegría. Condujose Luis con varonil dignidad, pues aunque algo le remordiese la conciencia al traer á su recuerdo las horas que dejara transcurrir en sociedad con Ozema, y el modo con que momentáneamente cediera á la influencia de su hermosura y sencillez seductora, tomando el asunto por mayor absolviase á sí mismo de cuanto pudiera achacársele como falta, especialmente de haber sido desleal á sus primeros amores y de toda idea de seducción ni engaño. Con el mayor respeto alzó á sus labios la mano de la jóven haitiense, con una franqueza y ardor que denotaban la fraternal ternura y el respeto, más bien que la pasión ó las emociones de un amante. No se atrevió Mercedes á vigilar sus ademanes; al paso que no se le fué por alto la ojeada de aprobacion que dirigiera la reina á su tutora, luego que su amante se allegara al lecho donde Ozema yacia. Interpretó la vírgen castellana esta mirada como señal de que el conde se habia conducido de una manera favorable á sus intereses.

—Muy demudada y rendida hallais á la princesa Ozema, observó la reina Isabel, á quien sola incumbia interrumpir el silencio. Nos hemos empeñado en ilustrarla respecto á nuestros dogmas religiosos, y por fin ha consentido en que se la administre el santo sacramento bautismal. Ahora está el señor arzobispo preparándose para la ceremonia en mi oratorio, y á la vista nuestra se halla la bendita perspectiva de salvar esta alma preciosa.

—Vuestra alteza siempre se interesa por el bienestar de sus súbditos, dijo Luis haciendo un acatamiento profundo á fin de ocultar las lágrimas que la situacion de Ozema hacia manar de sus ojos. Temo que nuestro clima perju-

dica á la pobre princesa de Haiti, pues observé en Palos y en Sevilla que cuantos indios enfermaban tenían poquísima esperanza de recobro.

—¿Es cierto, D. Cristóbal?

—Señora, creo que es la pura verdad. Sin embargo, cuidádose ha de sus almas como de sus cuerpos, y Ozema es la única de sus compatriotas en España que aun no ha recibido el bautismo.

—Señora, dijo la marquesa apartándose del lecho con la sorpresa y el interés grabados en su semblante, recelo que despues de todo se han frustrado nuestras esperanzas. La princesa Ozema acaba de decirnos al oído que es preciso se celebren en su presencia las nupcias de Luis y Mercedes ántes de que ella se someta á entrar en el gremio de la Iglesia por título ninguno.

—Esto, Beatriz, no da á entender que se halla en perfecta razon, y sin embargo, ¿qué partido hemos de tomar respecto á una alma tan poco ilustrada con la divina luz que emana de arriba? Este es algun delirio pasajero, y quedará calmado ántes que el arzobispo se halle listo para la ceremonia.

—Tal no creo, señora. Nunca la he visto más decidida ni despejada. Por lo común la vemos blanda y tratable; però ahora ha dicho lo que he referido á vuestra alteza tres veces consecutivas, de modo que pone fuera de toda disputa su veracidad.

Llegóse la reina entónces al lecho de la jóven india, y habló á la enferma largo rato con cariñoso interés. Entre tanto conversaba el almirante con doña Beatriz, y otra vez acercóse el conde á nuestra heroína. Traslucíase en ambas la evidencia de las emociones, mientras apénas se atrevía á respirar Mercedes sin saber lo que debería esperar. Pero á unas cuantas palabras que le susurraron al oído, aseguróse la doncella, á pesar de sus generosos sentimientos en favor de Ozema, que era suyo el corazon de nuestro héroe. Desde aquel instante desechó Mercedes todas las dudas, y miró á Luis cual siempre acostumbrara.

Como es uso en presencia de las personas reales, llevóse el coloquio en voz baja pasándose un cuarto de hora ántes que anunciase un paje hallarse dispuesto el oratorio, abriendo al entrar las puertas que conducian al doméstico santuario.

—Esta terca muchacha se mantiene en sus trece, marquesa hija, dijo la reina separándose del lado del lecho, y no sé qué contestar. Es cruel no concederle los medios de conseguir la gracia divina, y sin embargo su solicitud por tu sobrino y tu pupila pareceme fuera de tiempo.

—Respecto á eso podeis contar de antemano, señora, con el asenso de mi sobrino; aunque mucho dudo que Mercedes se preste con igual facilidad á la medida. Su corazon es un compuesto de religion y femenino delicadeza.

—Así lo supongo. Una doncella cristiana deberá tener tiempo de sobra á fin de preparar su alma para tan santo sacramento con el auxilio de la oracion.

—Y sin embargo, señora, algunos se casan sin tal requisito. Un tiempo hubo en que D. Fernando de Aragon y doña Isabel de Castilla no hubieran vacilado á semejante propuesta.

—Tal tiempo nunca existió, Beatriz. Acostumbras recordarme la época de las pruebas y de la juventud, siempre que te empeñas en que triunfe algún deseo de los tuyos, tan favorito como mal considerado. ¿Y juzgas de todas veras que tu pupila prescindiría de la falta de preparativos y tiempo?

—Señora, no sé de lo que ella esté dispuesta á prescindir; pero lo que sí me consta es que si hay en España una mujer dispuesta en *espíritu* en pro de los ritos más sagrados de la Iglesia, esa no puede ser otra que vuestra alteza misma, y si faltase quien, os señalaría á mi propia pupila.

—Anda, anda, Beatriz, la lisonja te sienta muy mal. Nadie se encuentra listo á todas horas, y á todos nos hace suma falta vigilar incesantemente. Haz que doña Mercedes me siga á mi cámara, pues quiero hablar con ella sobre este asunto. A lo ménos quiero evitarla una sorpresa.

Dicho esto, retiróse la reina. Apenas hubo entrado en el gabinete, cuando se introdujo en él nuestra heroína con pasos tímidos y vergonzosos. Luego que sus ojos se encontraron con los de su soberana, echóse á llorar Mercedes, y dejándose caer de rodillas, volvió á esconder la cara en el ropaje de doña Isabel. No tardó en domeñarse esta sensibilidad, y levantóse la doncella á fin de aguardar el beneplácito de su regia ama.

—Hija mía, comenzó la reina; supongo que ha cesado ya todo recelo en ti respecto al conde de Llera. Bien conocidas te son las miras de tu tutora, así como las mías, y puedes con toda seguridad, en un asunto como el presente, referirte á nuestra experiencia. D. Luis te ama, y nunca ha profesado amor á la princesa, aunque no estaría fuera de lo natural que un mozo impetuoso, al hallarse expuesto por tanto tiempo á una tentación seductora, diese á traslucir algún sentimiento pasajero y superficial hácia una jóven dotada de tanta hermosura.

—Todo eso lo ha admitido Luis, señora; nunca fué inconstante aunque tal vez haya sido débil.

—Hija mía, esa es una lección durísima de aprender, en esta época de tu vida, dijo con gravedad la reina; pero más dura aun hubiera sido para tí si se hubiese diferido hasta que la ternura más íntima de la esposa hubiera relevado á los impulsos de la inexperta soltera. Ya has oído el dictámen de los sabios doctores; y este da poquísima esperanza de que la princesa Ozema pueda quedar con vida.

—Ah, señora, su destino es verdaderamente cruel. ¡Morir entre extranjeros, en la flor de su edad, y el corazón despedazado con el peso de un amor no correspondido!

—Y sin embargo, Mercedes, toda vez que el cielo se abra á su despertada vista, luego que concluya para ella la última escena terrenal, feliz habrá de ser el tránsito; y los que su muerte lamentaren, mejor mil veces harían en celebrarla. Una vírgen tan jóven é inocente, cuya pureza de alma se nos ha manifestado exenta del más leve doblez, por decirlo así, y que de nada careciera á no ser de los frutos de una instrucción piadosa, poco tiene que recelar atento á errores personales. Cuanto se necesita en pro de un sér semejante, es introducirla en el gremio de la Iglesia, consiguiendo para ella el

sagrado bautismo, y alcanzado esto, ningun justo puede morir con más esperanzas de felicidad futura.

—Esa santa ceremonia va á administrársela ahora mismo el señor arzobispo, segun he oido, señora.

—Eso depende de tu voluntad hasta cierto punto, hija mia. Escúchame, y no te precipites en tu decision, que puede comprometer la salvacion de un alma.

Refirió en seguida la reina á Mercedes la extraña súplica de Ozema, en términos tan seductores y dulces, que produjo en ella menor alarma de la que la misma Isabel temiera.

—Doña Beatriz habia concebido un proyecto, que á primera vista pudiera aparecer plausible, pero el cual no puede sancionar la reflexion. Eran sus miras hacer que el conde se casase con Ozema (estremeciósse Mercedes y tornósse pálida) con el objeto de que las últimas horas de la jóven extranjera fuesen endulzadas por la alegría de verse esposa del hombre á quien idolatra; pero yo he hallado serias objeciones que ofrecer en contra de semejante determinacion. ¿Cuál es tu dictámen sobre esto, hija mia?

—Señora, si yo pudiera creer... como recientemente lo hice, que profesase Luis á la princesa una predileccion semejante que fuese dable le condujera al fin á sellar la felicidad de aquel afecto mútuo sin el que debe de ser el matrimonio una maldicion en vez de una dicha, yo sería la última en oponerme; aun más creo que hasta pudiera suplicar de rodillas esa gracia de vuestra alteza, pues la que ama de veras no puede tener otra mira que la de afianzar la felicidad del objeto á quien prefiere. Mas estoy segura de que el conde no profesa á Ozema aquel cariño que es necesario para este fin; y, señora, ¿no sería una accion profana recibir los sacramentos de la Iglesia bajo la garantía de unos votos que el corazon no solo deja sin correspondencia sino contra los cuales se encuentra en actual lucha?

—¡Excelente niña! Esas son precisamente mis propias miras de la cuestion, y las razones con que he contestado á la marquesa. No es justo que nos sirvan de juguete los ritos de la Iglesia, y es nuestro deber someternos á aquellos pesares que pueden aplicársenos definitivamente para nuestro eterno bien estar; aunque más duro sea sufrir los ajenos que los propios. Solo queda que decidir sobre este capricho de Ozema, y que te resuelvas á casarte ahora mismo á fin de lograr que la jóven india consienta en recibir el sagrado bautismo.

A pesar de la ternura con que amaba nuestra heroína á Luis, necesitó luchar fuertemente con sus hábitos y con sus ideas de conveniencia ántes de dar este grave paso tan de súbito y con tan breve preparacion. Triunfaron sin embargo los deseos de la reina, quien conocia que una inmensa responsabilidad gravitaba sobre su alma al permitir que muriese la extranjera sin que fuese incluida en el redil de la Iglesia. Luego que Mercedes se avino, despachó la reina un paje á la marquesa de Moya, y luego, así ella como su jóven protegida se arrodillaron y estuvieron juntas una hora, ocupadas en los ejercicios espirituales adecuados á la ocasion. En esta guisa, y sin desperdiciar

un solo pensamiento sobre las vanidades del tocado, al paso que poniendo toda su atención en los preparativos que el caso requería, se presentaron aquellas dos mujeres incomparables á la puerta de la capilla real, donde acababan de trasladar á Ozema en su lecho. Hizo la marquesa que cubriesen con un blanco velo la cabeza de Mercedes, cuyo traje se había variado algo para cumplir con el respeto debido al ára sagrada y á sus ministros.

Ya se hallaban reunidas unas doce personas, merecedoras de la regia confianza; y al ir á darse las manos los novios se presentó el rey D. Fernando con visible premura, llevando en la mano unos papeles, cuyo exámen le habían precisado á interrumpir la cita y los deseos de su amada consorte. El soberano de Castilla era un príncipe de augusto talante, y cuando le convenía, difícil fuera hallar un monarca en la tierra que desempeñase su papel con más gracia ni con mayor dignidad. Haciendo una seña al arzobispo para que detuviese la ceremonia, mandó á Luis que hincase en tierra una rodilla, y luego poniéndole el collar de una de las órdenes más honoríficas, le dijo:

—Alzaos ahora, noble caballero; y cumplid vuestros deberes con el Señor, como hasta ahora con Nos los habeis cumplido.

Galardonó Isabel á su marido por esta gracia con una sonrisa de aprobación, y la ceremonia prosiguió inmediatamente. Después de los preliminares de costumbre quedaron desposados los jóvenes, y púsose fin á los solemnes ritos. Conoció Mercedes, de resultas del ardoroso abrazo que su marido le dió, que ahora le había comprendido, y en momento tan deleitoso borróse de sus mientes hasta la imagen de Ozema, rebosando con la plenitud de su propia felicidad. Colon había servido de padrino á la novia, honor que el rey le destinara, mientras el mismo soberano se colocó al lado del novio, y aun se dignó tocar con sus manos el yugo que en el velatorio colocaron sobre los hombros de los recién casados. Entre tanto Isabel no se apartaba del lecho de Ozema, cuyas facciones no dejó de vigilar durante la ceremonia. No juzgaba necesario hacer público alarde de su interés en favor de la novia, pues sus sentimientos habíanse confundido en sus recientes oraciones.

No había invitado la reina á su esposo ni á ninguno de los acompañantes para que se quedara á presenciar el bautismo de Ozema, en atención á su sentimiento delicado á favor de la zozobra que advertía agitaba á la princesa, y de la condición de una dama extranjera que por hábitos y opiniones se hallaba revestida de buena parte de los sagrados derechos anexos al poder real. Había advertido la intensidad de sentimiento con que la doncella medio culta vigilaba las acciones del arzobispo y de los novios, mientras corriera las lágrimas de sus propios ojos al notar la lucha entre el amor y la amistad que se retrataba en su pálido cuanto hechicero semblante.

—¿Dónde cruz? preguntó con ansia Ozema, mientras Mercedes se inclinaba con el objeto de estrechar en sus brazos á la demacrada india y besarle los labios. Da cruz... Luis no casar con cruz... da cruz á Ozema.

Mercedes con sus propias manos sacó la cruz del pecho de su esposo, y se la puso á la princesa en las manos.

—¡Entonces no casar con cruz! balbuceó la virgen de las selvas, brotándole

de los ojos gruesas lágrimas, que casi la impedían contemplar la apreciada joya. ¡Ahora, señores, pronto haced Ozema cristiana!

Empezaba la escena á hacerse demasiado solemne y patética para dar margen á muchas palabras, y el arzobispo á una señal que le dirigió la reina, dió principio á la ceremonia. Esta fué de cortísima duracion, y la bondadosa naturaleza de Isabel no tardó en tranquilizarse con la seguridad de que la extranjera, á quien juzgaba objeto de su cuidado especial, habia quedado alistada bajo las banderas de la Iglesia.

—¿Es Ozema cristiana ahora? preguntó la jóven india con una prontitud y sencillez que hizo á cuantos presentes estaban mirarse unos á otros con sorpresa y angustia.

—Ahora, hija mía, tenéis la seguridad de que la gracia de Dios sea otorgada á vuestras preces, respondióle el prelado. Buscadla con vuestro corazón, y lo que tan próximo está, será bendecido.

—Cristiano no casar pagano... cristiano casar cristiano.

—Eso muchas veces te lo han dicho, pobre Ozema, dijo la reina Isabel; tal rito no puede solemnizarse debidamente entre cristianos y paganos.

—Cristiano casar primero señora que él ama más.

—Muy cierto. El hacer lo contrario sería una infraccion de su voto y una burla á su Dios.

—Así pensar Ozema... pero el poder casar segunda mujer... esposa inferior... señora que ame luego... Luis casar Mercedes; primera mujer porque amar mejor; luego casar Ozema, segunda mujer... mujer ménos alta... porque amar á ella despues... Ozema, cristiana ahora, no obstáculo... Ven, arzobispo, hacer Ozema segunda mujer de Luis.

Gimió hondamente Isabel y retiróse á un rincón de la capilla, mientras Mercedes, prorumpiendo en llanto y cayendo de rodillas ocultó la cara en los paños del lecho, orando fervorosa para que Dios iluminara el alma de la princesa. Pero el arzobispo no acogió con igual compasion é indulgencia esta prueba de ignorancia é ineptitud en su penitente para el rito que de administrarle acabára.

—Mujer obcecada, gritóle el prelado con severidad, el santo bautismo es saludable, ó no, segun con él nos mejoramos. Acabas de hacer una solicitud tal, que ya abrumba á tu alma con una nueva carga de pecado, al paso que cortísimo es el plazo que para el arrepentimiento te queda. Ningun cristiano puede tener dos esposas al mismo tiempo, y Dios no conoce superior ni inferior, primero ni último, entre aquellos que la Iglesia une con sus sagrados lazos. No puedes ser segunda mujer de nadie, mientras viva la primera.

—¡No querer ser de Caonabo...! de Luis, sí... esposa cincuenta, ciento de Luis! ¿No es posible?

—Ciega y desdichada jóven, te digo que no, no, no... nunca, nunca y nunca. Esta pregunta tiene tal tinte de pecado, que profana esta santa capilla y los símbolos de la religion que la consagran. ¡Ah! sí, besa y abraza tu cruz, y hunde tu alma en inútil desespero, pues...

—Señor arzobispo, interrumpió la marquesa de Moya con viveza, basta.

El oído que heris en este instante se encuentra sordo ya, y el pobre espíritu ha remontado el vuelo hácia el tribunal de un Sér superior á vos, y segun espero al de un juez más benigno. Ozema acaba de espirar.

Era muy cierto. Sobrecogida con las voces del prelado, enmarañadas sus ideas con la confusion que en ellas habia causado el choque de los dogmas recién aglomerados en su imaginacion y de aquellos que en la niñez la enseñaran, al paso que herida con la certidumbre de haberse anonadado su última esperanza de unirse con Luis, el alma de la jóven indiana habia abandonado su preciosa morada, dejando en el rostro de su cadáver una lastimosa impresion de las emociones que la agitaran durante los últimos momentos.

CAPÍTULO XXXI.

Para advertir, para mandar formada,
Está mujer perfecta parecía
De mil dulces hechizos rodeada,
Que de angélica luz algo tenía.

WORDSWORTH.

El prestigio que rodeaba el viaje de Colon puso en boga las expediciones marítimas, de suerte que ya no se consideraron las largas navegaciones como una ocupacion inferior y poco digna de la nobleza, siendo objeto de altos encomios la aficion que á ellas tenia D. Luis, y por la cual en los últimos años tantas veces se le vituperara.

Aunque sus verdaderas relaciones con el almirante se dan á luz por primera vez en estas páginas por haberse escapado semejantes circunstancias á las investigaciones superficiales de los historiadores, serviale de ventaja el saberse que habia manifestado lo que puede llamarse una disposicion marina en un siglo en que la mayoría de los hombres de igual clase y aspiraciones estaban satisfechos con ganar sus laureles sobre la tierra firme. Llegó á entrar en una especie de moda el Océano; y el caballero que habia contemplado su vasta y no interrumpida extension, muy léjos de la madre tierra, consideraba al que no tuviera semejante dicha con tan altiva superioridad como el que habia ganado sus espuelas solia mirar al que hubiese permitido que el período adecuado de su vida se pasase sin hacer un esfuerzo para obtenerlas. Muchos de los nobles cuyos estados se hallaban á orillas del Mediterráneo ó del Atlántico, habilitaron barcos costaneros—las *balandras de recreo*, del siglo décimo quin-

to—y se les veía seguir las sinuosidades de las gloriosas costas de aquella parte del mundo, procurando alcanzar cierta satisfaccion de un ejercicio que tan meritorio parecía.

Entre tanto proseguían las estaciones su ordinaria carrera, el habitual curso los acontecimientos, siguiéndose los efectos á las causas. Al espirar el mes de setiembre aquella parte del Océano que linda precisamente con el estrecho que separa la Europa del Africa, mientras pone en comunicacion al Mediterráneo con los baldíos más anchurosos del Atlántico, brillaba á los rayos del Sol, que doraban al mismo tiempo cuantos objetos se alzaban sobre las cerúleas aguas. Estos no eran muy numerosos, aunque una docena de velas, diversas en hechura, se deslizaban lentas en busca de sus rumbos á impulsos de las blandas brisas propias de la estacion. De todas estas navecillas tenemos que ver con una tan solo, que no estará demás describamos en términos generales.

El velámen del barco á que aludimos era latino y tal vez el más pintoresco de cuantos ha inventado la ingeniosidad del hombre como accesorio de una *vista*, ya se exhiba esta á los ojos en un lienzo ya en sus verdaderas dimensiones y sustancia. Tambien su situacion era precisamente la que el pintor hubiese elegido como la más favorable á su pincel, pues la pequeña falúa navegaba viento en popa, con cada una de las extremidades superiores de sus altas y puntiagudas velas puesta á cada lado, mientras hinchando el viento la lona, les daba cierta similitud con las alas de alguna enorme ave que estuviese plegándolas al llegar á un lugar de reposo. Notábase tambien una simetría extraordinaria en su cordaje, arboladura y casco, engalanado con fajas de las más exactas proporciones, aparentando un aseo y elegancia que daba á entender era aquella una nave de algun noble.

El nombre de la falúa era *Ozema*, y llevaba á bordo al conde de Llera y su jóven esposa. Luis, que habia adquirido muchos conocimientos náuticos, mandaba las maniobras personalmente, aunque Sancho Mundo daba erguidos trancos al rededor de la cubierta con aire de autoridad, pues era el patron titular, aunque no el verdadero de la navecilla.

—Ay, ay, Bartolo, amarra bien el ancla; dijo el de la compuerta del dique al inspeccionar el castillejo de proa en una de las rondas que hacia cada media hora, pues por muy favorable que sople la brisa, y por muy blanda que la estacion nos parezca, nadie sabe de qué humor encontraremos al Atlántico luego que su merced esté bien despierto. En el gran viaje que hicimos á Catay, nada pudo ser más propicio á la ida ni que más diablos encarnados nos soltase á la bendita vuelta. Doña Mercedes es excelente marinera y no hay quien pueda adivinar por dónde ni hasta qué distancia se le antoje al señor conde llevarnos por puro capricho, una vez que ha dado rienda suelta á la jaca. Dígoos, camaradas, que así la gloria como el oro podrá sobre vosotros llover cuando esteis más descuidados, hallándoos al servicio de un noble de este jaez; y supongo que ninguno de vosotros se ha olvidado de hacer buenas pacotillas de cascabeles, que son tan á propósito para pescar doblas como las campanas de la catedral de Sevilla para congregar cristianos.

—Seor Mundo, gritó nuestro héroe desde el alcázar, que suba un hombre á la punta de la gavia y registre la mar al Norte y Este.

Esta órden interrumpió el jactancioso discurso de Sancho, y le obligó á hacerla ejecutar sin demora. Luego que el marino á quien se comisionara hubo *gateado* hasta llegar á aquella elevada y al parecer peligrosa atalaya que le mandaran ocupar, se le dirigió una pregunta desde la cubierta para que dijese si divisaba algo.

—Señor conde, respondió el marinero, el Océano está sembrado de naves, hácia el lado que vucencia acaba de señalar, y se parece á la embocadura del Tajo al primer arranque de una ventolina del Oeste.

—¿Puedes contar cuántas son? si te es posible, dime su número, vociferó Luis.

—Por la santa misa, señor, replicó el hombre, despues de tomarse tiempo para verificar el cálculo. No veo ménos de diez y seis; no, ahora descubro otra; sí, una más pequeña que va saliendo de detrás de una carraca de grueso porte. Diez y siete cabales son.

—Entónces llegamos todavía á tiempo, amor mio, exclamó Luis volviéndose deleitado hácia Mercedes; otra vez le apretaré la mano al almirante, ántes de su nuevo viaje á Catay. Te muestras estar tan alegre como yo al ver que nuestro esfuerzo no ha sido vano.

—Lo que á tí te complace, Luis, está seguro de complacerme tambien, contestó la esposa. Cuando solo existe un interés, existir debe un solo deseo.

—¡Amada... amada Mercedes! tú harás de mí cuanto se te antoje. Esa disposicion tuya, verdaderamente celestial, así como tu pronto consentimiento en emprender conmigo este viaje, me impresionan en tales términos que más habré de pertenecerte que á mí mismo.

—Y sin embargo, Luis, parece que la mudanza se anuncia en sentido inverso, dijo sonriéndose la jóven castellana, porque es más probable que me conviertas á mí en marinera, que consiga yo reducir tu espíritu aventurero á los límites del castillo de Llera.

—¿Este viaje por mar ha sido contrario á tus deseos, Mercedes? preguntó Luis con la vehemente prontitud de una persona que recela haber incurrido en algun acto de indiscrecion.

—No, queridísimo Luis; tan lejos de eso, que he venido con el mayor placer, prescindiendo de la satisfaccion que me ha cabido en darte gusto. El movimiento de la nave no me incomoda, al paso que lo nuevo de estas escenas me proporciona un deleite tan agradable como encantador.

El decir que nuestro héroe se regocijara por más de un motivo, equivale á añadir que aun le entusiasmaban las diversidades que la mar ofrece.

Al cabo de media hora columbrábase ya el buque del almirante desde la cubierta del *Ozema*, y ántes que el sol llegase á su meridiano vióse á la pequeña falúa desliziándose por el centro de la escuadrilla en busca de la carraca donde iba embarcado Colon. Despues de las preguntas de costumbre náutica, enterado el almirante de que doña Mercedes habia ido á despedirse de él, acudió con adecuada galantería á bordo del *Ozema*, á fin de tributar su acatamiento en persona á tan excelsa dama.

Nada pudo ser más sorprendente para quien hubiese presenciado la nueva partida que el contraste que entónces se ofrecía entre los recursos que acompañaran al célebre piloto genovés en este viaje y en el anterior. La primera salida se hizo en medio de la indiferencia por no decir del olvido de todo el mundo, con tres barcas, reunidas á duras penas, y á más duras penas tripuladas; cuando por lo contrario ahora emblanquecían el Océano sus lonas y rodeábanle un numeroso séquito de hidalgos españoles. Luego que se supo hallarse la condesa de Llera á bordo de la falúa que había detenido á la escuadra, echáronse á la mar los botes de la mayor parte de los buques, y celebró Mercedes una especie de besamanos sobre el anchuroso Atlántico; mientras sus camaristas, entre las cuales se contaban dos ó tres damas de alta alcurnia, la asistieron en hacer los honores del recibimiento á la turba de nobles que sobre la cubierta hormigueaba. La balsámica influencia del aire puro del Océano contribuyó á hacer más agradables aquellos momentos, y por espacio de una hora presentó el *Ozema* un espectáculo de cortesanía y esplendor cual nunca había atestiguado ninguno de cuantos se hallaban presentes.

—Hermosísima condesa, exclamó un desechado pretendiente de nuestra heroína; bien veis á qué actos de desesperacion me precipita vuestra crueldad, pues voy en busca de aventuras hasta el remotísimo Oriente. Bien puede agradecer D. Luis que no acometiera yo esta empresa ántes que él ganase vuestro favor, pues no se espera que en adelante ninguna damisela española pueda resistir las pretensiones del más ínfimo de los secuaces del señor Colon.

—Podrá ser cierto lo que decis, caballero, contestó Mercedes, al paso que henchía su corazón la conciencia de que aquel á quien había elegido acometiera con entusiasmo aquella azarosa empresa; cuando otros se habían amedrentado á la idea del riesgo, y cuando sus resultas eran todavía un misterio envuelto en las tinieblas de un ígonoto porvenir. Podrá ser cierto lo que decis; pero una persona animada como yo de deseos moderados, debe contentarse con estos viajes humildes á lo largo de la costa, en los cuales por feliz fortuna le es dado á una mujer acompañar á su esposo.

—Señora, gritó el galante é impertérrito Alonso de Ojeda á su vez. Don Luis me hizo dar en tierra un lindo batacazo cuando el torneo que tendréis presente, en virtud de un esfuerzo tan limpio como varonil, y cuyo lance no ha dejado en mi pecho un escrúpulo de rencor; más ahora podré más que él, pues se contenta con tener á la vista las riberas de España cediéndonos la gloria de buscar las Indias y sujetar los infieles al yugo de nuestros dos soberanos.

—Suficiente honra es para mi esposo, señor, poder vanagloriarse de la buena ventura á que aludís, y debe quedar satisfecho con la nombradía que adquiriera en aquella ocasion.

—Condesita, de aquí á un año más le habriais de querer, si se viniera con nosotros para hacer alarde de sus brios entre los hidalgos del gran khan.

—Bien veis, D. Alonso, que tal como es mi marido, no le tiene en menosprecio el señor almirante. Quieren tener en la cámara una entrevista juntos,

honra que D. Cristóbal no estaría muy dispuesto á dispensar á un hombre sin fe ó falta de espíritu.

—¡Es cosa extraña! repuso el amante desechado; el favor que goza el conde con el almirante nos sorprendió á todos en Barcelona. ¿Será posible, Ojeada, que hayan navegado juntos en algunas de sus antiguas correrías por la mar?

—¡Por la santa misa! señores, dijo D. Alonso riéndose; si D. Luis se encontrase con el almirante como se encontró conmigo en las lizas, pareceme que una sola entrevista le bastaría para todo el tiempo que de vida le queda.

En esta guisa prosiguió la conversacion, los unos hablando con liviandad, los otros en términos más formales; pero todos amistosamente. Mientras esto pasaba sobre la cubierta, habíase Colon retirado á su cámara con nuestro héroe.

—D. Luis, dijo el almirante luego que se hubieron sentado el uno junto al otro sin testigos de vista, bien sabeis el aprecio que os profeso, y estoy seguro de que me lo retribuis con igual grado de afecto. Dejo ahora la España en busca de una aventura mucho más peligrosa que aquella en que fuisteis compañero mio. Entónces me dí á la vela cubierto de menosprecio á los ojos de los hombres en fuerza de su ignorancia y de su desden; ahora he dejado el antiguo mundo, pisándome los talones la envidia y malignidad. Soy demasiado viejo para no haber visto y previsto estas verdades. Durante mi ausencia muchos traerán á mal traer mi reputacion. Aun estos que ahora siguen mis huellas serán mis calumniadores, vengándose de la pasada zalamería por medio de la presente detraction. Los soberanos se verán sitiados con mentiras, y cualquier chasco respecto al grado á que las ilusiones encumbren la esperanza del buen suceso hará que se me atribuya á crimen. Verdad es que dejo algunos amigos en España; cuento allí con Juan Perez, con San Angel, con Quintanilla y con vos. En vosotros pongo mi confianza, no en busca de favor, sino en pro de la verdad y justicia.

—Señor, podeis contar con mi excasa influencia en todas ocasiones. Os he conocido en los dias de dura prueba, y para aminorar mi fe respecto á vos era indispensable que esas calumnias en nada se pareciesen á las ordinarias.

—Bien creia yo lo mismo, Luis, ántes que con tanto ardor y sinceridad lo expresaseis, repuso el almirante apretando con ahinco la mano al mancebo. Mucho dudo que Fonseca, quien ejerce hoy tanto influjo en los asuntos de la reina doña Isabel, sea verdaderamente mi amigo. Además hay un sugeto de vuestra sangre y apellido que ya me ha mirado con malos ojos, y de quien desconfio sobremanera, en proporcionándosele ocasion de hacerme daño.

—Le conozco bien, D. Cristóbal, y conceptuo que honra poco á la casa de Bobadilla.

—Sin embargo está en candelero, y muy bien con el rey, lo que ahora es de suma importancia.

—¡Ah señor! en ese ladino monarca no busqueis cosa ninguna que ofrezca visos de generosidad. Mientras los oídos de doña Isabel permanezcan abiertos á la voz de la verdad, nada tendréis que temer; pero D. Fernando va hacién-

dose cada día más mundano y temporizador. ¡Vive Santiago! ¿es posible que quien en su juventud fué tan valiente caballero manifieste la baja que deshonraria á un alarbe! Sin embargo, mi noble tia vale ella misma por un ejército, y permanecerá siéndoos fiel cual desde el principio se ostentara.

—El Ser Supremo rige todas las cosas, y pecaminoso fuera desconfiar de su sabiduría ó de su justicia. Y ahora, Luis, una palabra respecto á vos mismo. La Providencia os ha confiado la felicidad de un ser cual rara vez se halla en la tierra. El hombre á quien cabe la dicha de tener una esposa llena de virtudes y amabilidad, semejante á aquella con quien os habeis desposado, debería erigir un altar en su corazon, sobre el cual hubiera de ofrecer diariamente ¿qué digo? á todas las horas del día, sacrificios de gratitud á Dios, en reconocimiento de tan rica dádiva; pues de todas las felicidades con que el Hacedor bendice la tierra, goza aquel hombre privilegiado de la más pura, más excelente, más deliciosa y más duradera, siempre que tenga tambien á la vista que no le está permitido desaprovechar buenas cualidades que á él mismo otorgadas le fueran. Una mujer como doña Mercedes es tan delicada como poco comun. Dejad que su sensatez reprima vuestra impetuosidad, que las imperfecciones de vuestro carácter cedan á su noble influjo; dejad que sus virtudes estimulen las vuestras propias, que su amor alimente el vuestro con imperecedera llama, y que su ternura sirva de incesante apelacion á vuestra tutela y varonil indulgencia. Cumplid vuestros deberes cual conviene á un grande de España, y buscad la felicidad únicamente en vuestra compañera y en el amor de Dios.

En seguida dió el almirante su bendicion á D. Luis, y despidiéndose de Mercedes con igual solemnidad, se apresuró á ganar su carabela. Lancha tras lancha dejó el costado de la falúa, mientras muchos de los que ya se habian despedido volvian á hacerlo con voces y señas luego que se hallaban á gran distancia. Pocos minutos despues las pesadas vergas dieron vuelta columpiándose, y volvió la flotilla á seguir lentamente el rumbo hácia el Suroeste, y en la direccion, cual entónces se creia, de las distantes playas indianas. Durante una hora permanecié el *Ozema* donde lo dejara Colon, cual si estuviere atisbando la retirada de sus amigos; luego soltó la recogida lona, que no tardó en verse henchida por el viento, y en seguida viró hácia la costa donde yacia el puerto de Palos de Moguer.

La tarde estaba deliciosamente balsámica, y luego que la falua se aconchó á tierra, la faz de las aguas marinas estaba tan lisa como la superficie de un lago que duerme en el seno de los montes. Solo soplabá el viento suficiente para refrescar la atmósfera é impeler la navichuela á través de las aguas, con la celeridad de tres á cuatro millas por hora. El alcázar era la morada habitual de Luis y Mercedes durante el día. Formábalo por la parte exterior un tinglado que pandeaba como el toldo de un galeron, mientras la parte interna se hallaba engalanada de telas preciosas que la convertian en lindo saloncito. De frente, un cortinaje de lona la ocultaba á los ojos de la tripulacion, y hácia la popa se corria una rica cortina, cuando era necesario cerrarla por la otra parte. Esta cortina se hallaba ahora descorrida permitiendo

que la vista recorriese el extenso Océano y contemplase las glorias del sol poniente.

Recostada Mercedes en un hermoso sofá tenía fijos los ojos en el Océano, mientras Luis pulsaba una guitarra sentado á sus piés en un escabel. Acababa de tañer una cantinela nacional acompañándola con la voz y de soltar de las manos el instrumento, cuando advirtió que su esposa no le prestaba oído con la afición y arrobo con que solía escuchar sus cantatas.

—Estás pensativa, Mercedes, dijo el conde, llegándose á ella con objeto de leer la expresion melancólica de aquellos ojos que con tanta frecuencia el entusiasmo animaba.

—El sol se pone en direccion del país de la pobre Ozema, esposo mio, contestóle Mercedes con la voz agitada de un leve temblor; esta circunstancia, unida á la vista del ilimitado Océano, que tanto se asemeja á la eternidad, condújome á pensar acerca de su fin. Por cierto... por cierto que una criatura tan inocente no puede ser condenada á las penas infinitas, á causa de que su alma obcecada y sus apasionados sentimientos fuesen incapaces de comprender los misterios de la religion.

—Quisiera, amada mia, que pensases ménos sobre esa materia; las prees y las misas que se han dicho por el reposo de su alma debieran satisfacerte; y si quieres pueden repetirse estos sufragios mil veces.

—Ofrecerémos otros muchos, contestó la jóven esposa con voz apénas inteligible, mientras le caian por las mejillas gruesas lágrimas. El mejor de nosotros necesitará misas, y nosotros debemos esto á la pobre Ozema. ¿Te acordaste de interponer tu influjo para con el almirante á fin de que á su llegada á la Española preste á Mattinao cuántos servicios estén en su poder?

—De eso se ha cuidado, y así desecha de tu espíritu cuanto se refiere á tal idea. Ya se ha construido el monumento en Llera, y aunque podamos sentir la pérdida de la infeliz doncella, no tenemos motivo para lamentarla. Si yo no fuera Luis de Bobadilla, tu esposo, mas bien la consideraria como objeto de envidia que de lástima.

—¡Ah, Luis! tu lisonja es demasiado grata para que pueda vituperarse, mas es poco oportuna. Hasta la dicha que experimento en estar segura de tu amor, en que son unos nuestros destinos, nuestros nombres é intereses, es una bagatela en comparacion de los goces seráficos que los bienaventurados disfrutan; y á la fruicion de goces semejantes anhalaria que se hubiese elevado el alma de Ozema.

—No lo dudes, Mercedes; ella tuvo en su abono cuanto pretender pueden la inocencia y la bondad. ¡Por san Pedro! si ella disfruta la mitad de la delicia que me enajena al estrecharte en mis brazos, no hay que compadecerla, y tú dices que goza de centuplicados deleites.

—Luis, Luis, no te expreses con tanta liviandad. Dispondrémos que se celebren otras misas en Sevilla, Búrgos y Salamanca.

—Cuantas quieras, amor mio. Que las celebren todos los años, todos los meses, todos los dias, para siempre jamás, ó todo el tiempo que la Iglesia juzgue conveniente.

Al ponerse el sol, vino Sancho á avisar que acababa de anclar.

—Aquí estamos ya, señor conde, aquí estamos por fin, señora doña Mercedes, á la vista de Palos, y á cien varas del punto donde D. Cristóbal y sus valientes compañeros salieron para descubrir las Indias... Dios le bendiga un centenar de veces, así como á los que le acompañaron. La lancha está lista para llevaros á tierra; y allí si no hallais, señora, las catedrales y los palacios de Sevilla ó Barcelona, encontraréis la villa de Palos, la iglesia de Santa Clara y la compuerta del dique, tres lugares que en lo venidero serán más célebres que las capitales susodichas, á saber: Palos, como punto de partida de la expedición; Santa Clara, porque la salvó del naufragio en virtud de los votos que en sus altares se cumplieron; y la compuerta del dique, porque al otro lado de ella se construyó la nave del almirante.

—Y por otros grandes acontecimientos, buen Sancho, dijo el conde.

—Así es, señor excelentísimo, y por otros grandes acontecimientos. ¿Quiere usencia que se desembarque, señora?

Asintió Mercedes, y diez minutos despues ella y su esposo paseaban la playa á diez varas del lugar donde Colon y Luis se habian embarcado el año anterior. La playa se hallaba cuajada de gente que tomaba el fresco de la tarde. La mayor parte pertenecia á la clase humilde del pueblo, siendo aquella la única comarca del mundo en nuestra opinion donde las clases acomodadas no acostumbran mezclarse con las menesterosas en los paseos para gozar la blandura del clima en aquella plácida hora.

Habian desembarcado Luis y su esposa solo con el objeto de hacer ejercicio y tener un rato de solaz, pues bien les constaba que su falúa tenia mejores comodidades que pudieran ofrecerles los mesones de la villa de Palos, y así se mezclaron entre los paseantes. Encontraron un corro de señoras que conversaban con ahinco, hablando bastante de recio para que pudiera oírseles. Al momento nuestro héroe y heroína prestaron atencion al hallar que el asunto del coloquio era el viaje á Catay.

—Hoy, dijo una en tono de autoridad, ha salido de Cádiz D. Cristóbal, porque los soberanos juzgaron que Palos es un puerto demasiado mezquino para el equipo de tan grande armamento. Podeis creer lo que os digo, vecinas, pues mi marido, como todas sabeis, tiene un alto destino en la nave del señor almirante.

—Bien se os puede envidiar, vecina, al ver que está tan en favor con un hombre tan grande.

—¿Y cómo no, habiéndole acompañado en el otro viaje, cuando pocos tuvieron ánimo bastante para ello, y estando siempre sumiso á sus órdenes? Buena Mónica, me dijo el almirante con su propia boca, tu Pepe es un leal marinero, y se ha conducido á mi mayor satisfacción. Lo haré guardian de mi propia carraca, y tu posteridad hasta los siglos más remotos podrá jactarse de pertenecer á un hombre tan digno. Estas fuéron sus palabras, y como lo dijo lo hizo, pues ahora mi Pepe es nada ménos que guardian. Pero tambien los padre nuestros y ave marías que he rezado para que el pobre llegase á conseguir tan buena fortuna, bastarian para enlosar estos arenales.

Adelantóse ahora D. Luis, y saludó al corro dando por disculpa su curiosidad de saber los pormenores de la primera salida. Como lo esperaba, no le conoció Mónica, en razon al magnífico vestido que llevaba puesto, y ella de buenísima gana le refirió cuanto sabía, y aun más. Manifestó esta entrevista cuán fácilmente aquella mujer había pasado de la aflicción á la más viva complacencia, deduciéndose de aquí el general cambio de sentimientos por el ejemplo individual de un caso determinado.

—He oido hablar mucho de un tal Pinzon, añadió Luis, de uno que salió mandando una carabela en ese viaje. ¿Qué se ha hecho de él?

— Señor, ha muerto, contestaron á la vez una docena de voces, aunque la de Mónica consiguió la primacia para seguir contando la historia. Era un gran hombre en esta tierra; pero ahora ha perdido la fama con la vida. Fué desleal, y murió de pesadumbre, segun dicen, al hallar á la *Niña* anclada en el rio, cuando creia conseguir para si mismo toda la gloria.

Habian absorto demasiado á Luis sus propios sentimientos para que esta noticia hubiera llegado ántes á sus oídos, y caviloso y triste continuó el paseo.

—Ese es el galardón de las esperanzas ilegítimas y de los designios reprobados por Dios, exclamó el conde luego que se hubo alejado con su esposa. La Providencia, segun creo, ha estado de parte del almirante; y por cierto que de la mia tambien.

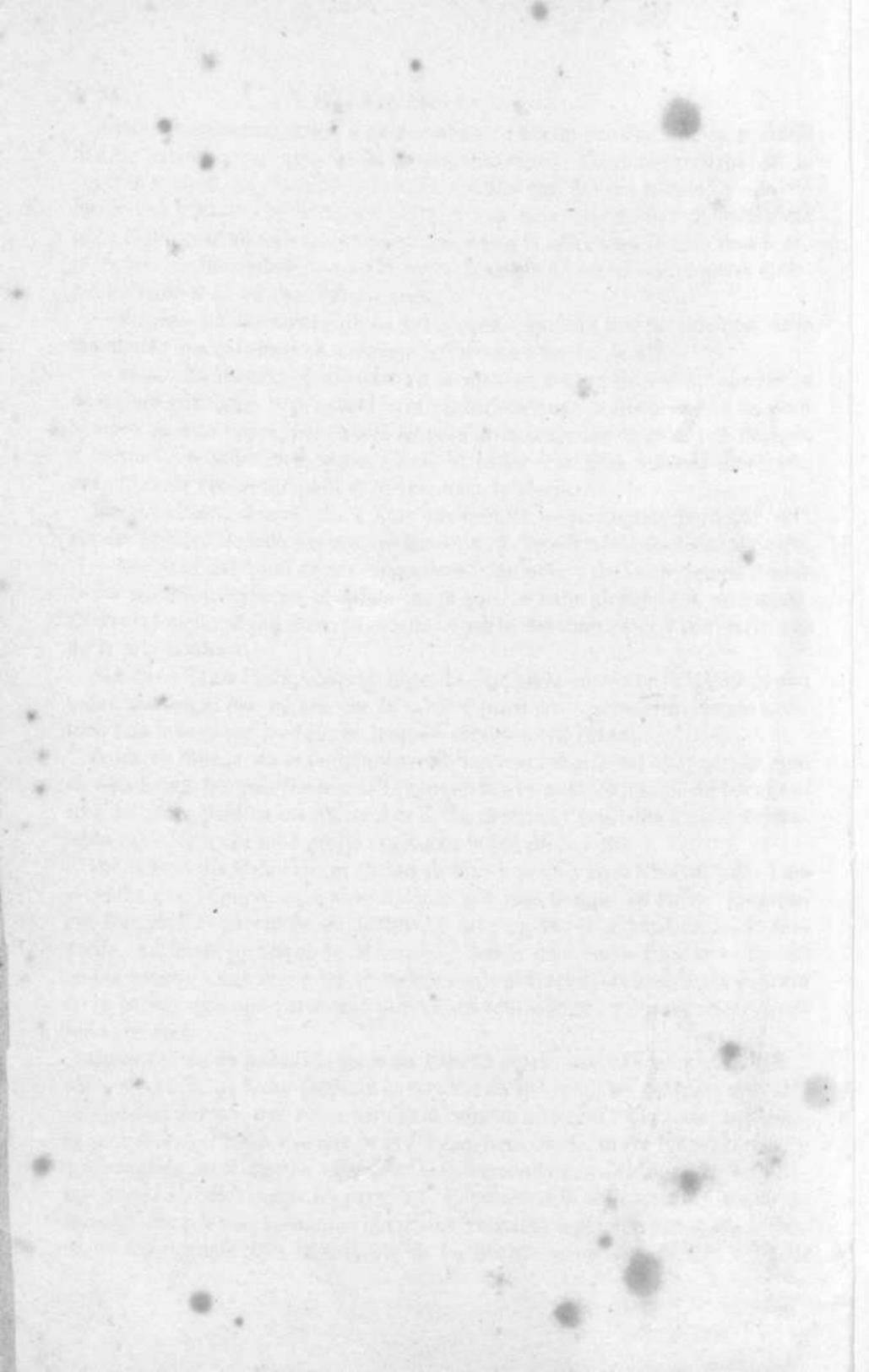
—Esta es Santa Clara, observó Mercedes. Quisiera entrar en la iglesia, Luis, y dar gracias al pié del ara por tu salud y próspero regreso, ofreciendo tambien mis preces por los futuros triunfos de Cristóbal Colon.

Entraron ambos en el templo y arrodilláronse delante del altar mayor, que en aquel siglo los guerreros más bravos no se avergonzaban como en los nuestros de hacer pública manifestacion de su gratitud y sumision á Dios. Terminado este deber, la feliz pareja regresó á bordo de la falúa.

Por la mañana temprano el *Ozema* se hizo á la vela para Málaga, pues Luis recelaba que le conociesen si se detenía por más tiempo en Palos. Llegaron con felicidad al puerto de su destino, y muy en breve se trasladaron á Valverde, hacienda principal de Mercedes, donde dejaremos á nuestros héroes en los goces de una dicha tan completa como podia proporcionarles la energia de la pasión por una parte y la pureza de sentimientos y el amor desinteresado por otra.

Otros Luises de Bobadilla hubo en España entre sus valientes caballeros, otras Mercedes hicieron palpar el corazón de sus rendidos galanes; mas solo existió una Ozema, que en el siguiente reinado apareció en la corte, brillando fugazmente como una estrella en el sereno firmamento. Breve fué su carrera y muy sentida su temprana muerte, desapareciendo con ella su nombre; y estas tristes circunstancias en parte nos impusieron la obligacion de copiar de documentos por mucho tiempo ignorados, relativos á aquella época tan fecunda en acontecimientos, la mayoría de los hechos expuestos en esta leyenda.









G - 7344